

JOSÉ MARTÍ

VERSOS



IMPRESA ALSINA
SAN JOSÉ DE COSTA RICA. C. A.

Se han seleccionado estos versos de los volúmenes XI y XII de las OBRAS de Martí, compiladas por D. Gonzalo de Quesada con una devoción sincera e inalterable, digna del elogio y la gratitud de la América que estudia y piensa.

(N. del D.)

COLECCIÓN ARIEL

Marzo de 1914

José Martí, escritor

HÉROE, quede para un Plutarco, para un Gracián, para un Carlyle de Hispano América.

Poeta, venga a mí, porque así le amo; porque cada poesía suya es palmera en flor y árbol de sándalo para los bosques de mi alma; porque es despeñado torrente de sierra su niagarada elocuencia; porque es plata de manantial en valle, bajo el rumor del álamo, la voz de su Piéride encantada; porque un genio bello, en arreos de arcángel, guarda a la puerta del edén de su alto Meru, sagrado y sellado para pies profanos, la entrada a los más; y a poder de impetrar y de imprecicar, benigno me ha sonreído el genio y me ha conducido hasta la fragua de oro, endonde a luz y a ritmo, elaboró Martí la forja de su gloria.

Poeta, venga a mí, porque fue oda a la libertad su vida, y canto heroico su morir

en campos de batalla. Amo el galope de relámpagos de su pensamiento, y la glorieta galante de su amor en el jardín de sus reposos.

Y como así le admiro y así le amo, así le estudio.

I

Ha corrido fogosa, dolorosa, angustiosamente su existencia amarrada con los eslabones de bronce de su poderosa voluntad, a las crines rutilantes de un Ideal en fuga. No vuela una tarde junto a Martí sin regar desde su altura un trinar de esperanza en la redención de la Isla. La vida suya, como la magnética aguja, sólo se inclina, con los brazos abiertos, hacia una palma, sobre la palma, hacia una estrella y sobre la estrella, hacia su cielo. Como el tallo del banano, todo saturado de agua, así el alma de Martí, toda saturada de patria, como de un perfume divino que pervade cuanto pensamiento reverdece en su mente y cuanto palabra enflora sus labios. Por donde quiera—que no sea la patria—es pálido el cielo y turbio el mar, y sin rumor la playa, y sin majestad la palma. Sólo el hombre es



JOSÉ MARTÍ

su hermano en todos los sitios del mundo. Sólo son bellas, sobre el orbe de la tierra, la Humanidad y la libertad. No es como la Venus de Milo, manco su Ideal. Abraza, madre selva en olorosa flor, a Cuba, y a América, y al mundo. Su abrazo es de amor para su patria porque «sólo las flores del paterno prado—tienen olor! Sólo las ceibas patrias—del sol amparan!» (*Hierro* en VERSOS LIBRES). Su amor no es para mujer. «Oh verso amigo,—muero de soledad, de amor me muero!—No de amor de mujer; estos amores—envenenan y ofuscan... Es de inefable—amor del que yo muero, del muy dulce—menester de llevar, como se lleva—un niño tierno en las cuidosas manos,—cuanto de bello y triste ven mis ojos». (id. id.) Es Martí galante; para él, fragante y encendida rosa de premio y laurel de triunfo, es una frase de mujer. De Heredia, dice: «Cuando pasa él, las cabezas hermosas se juntan y dicen bajo, como el más dulce de los premios: «¡Ese es Heredia!». Ese es, para el amor, Martí! «Sé de brazos robustos—blandos, fragantes;—y sé que cuando envuelven—el cuello frágil,—mi cuerpo, como rosa—besada, se abre—y en su propio perfume—lánguido

exhálase». Hay un temblar de plumas en las despiertas aves de su alma. Pero váyanse los brazos fragantes para que inocentes brazos de lirios encollaren su cuello: «Lejos de mí por siempre,—brazos fragantes!» Las ascuas de lo heroico purifican el alma donde se encienden. Cuando, como llamas de incendio, se levanta en nuestro pecho un grande y luminoso amor de patria, gloria, o ideal, fúndense los metales ruines de los amores sin alas. Así Martí; por unos infantiles brazos liliales deja los redondos, fragantes brazos, y porque aten la armoniosa torre de su cuello brazos de patria en libertad, el deja en el azul de la bandera la luz de sus ojos; y entre las cañas quejosas, el acento de su voz; y en las aguas del río, sangre de su vida.

Invisible casco de luz, cayéndole de lo alto de supremo entendimiento, le apoloniza el rostro y su viril belleza enciende y lanza saetas de amor. Martí llega, os habla y le admiráis. Pero mujer que adora es, a veces, trasfiguración tan sólo de mujer que admira. Puesto que muchas le admiraron no podríais pensar que pocas le amaron. Mas el lleva embridada la majestad de su amor por entre avenidas de ennoviados,

virginales azahares, bajo la mirada casta del monacal respeto. Busca, sin cruel anhelo, amor en la mujer, «porque él es la fuerza de la vida y su única raíz»; porque cordial aplauso de inteligente dama es corona de laurel sobre las sienes; si de mujer que ama, reventar de besos en los labios, como en la playa espumas.

Ama y no os lo dice: la trasfiguración del mundo amor la engendra; si os pinta trasfigurado el mundo es que ama y callándooslo conviértese el Universo en arpa y en salterio para loar su amor. Allí está la maravilla del arte: la emoción sube cantando hasta el atalaya del alma, y señoreando los horizontes de vuestra vida, se calla su nombre: siervos sois sin conocer al amo! Leed la pieza XVII de VERSOS SENCILLOS: es prodigio tallado en jacinto, por su doble refracción de la luz. Todo es Eva, os dice: pangineismo inspirado en el amor, que en la Naturaleza, como disuelto, halla el objeto amado.

Y su pecho, grande, quiere hacerlo mas vasto para recibir en él mas hondas heridas, porque entonces serán mas hermosos sus cantos. Pero guardaos de decir mal de mujer. Denostad al tirano, vejad el error:

no digáis mal de mujer, aunque muráis de su mordida. (Pieza XXXVIII, VERSOS SENCILLOS).

Abrid para los ojos del alma de Martí el bazar de la mas bella joyería; poned en urnas joyas del corazón, y reliquias de la memoria, y camafeos en ópalos de ensueño: su certera mirada elegirá la mejor: la mano amiga de un amigo sincero. (Pieza I, VERSOS SENCILLOS). Por encima del amor, la amistad, que es de oro mas puro que el amor. Tiene en los montes su abrigo el leopardo y la mushmé su cojín de arce del Japón, tiene el conde su abolengo y fontana en su jardín el presidente: Martí tiene un amigo (Pieza XLIV, VERSOS SENCILLOS). Cultiva la blanca rosa para el amigo franco y para el cruel que le atosiga el corazón, cultiva la rosa blanca (Pieza XXXIX, VERSOS SENCILLOS).

En donde hallaréis alma mejor? Rosas para el amigo, para el adversario rosas; rosas para él, porque nos ciñe, con valladar de zarzas, el sereno y oculto sendero hacia lo alto. El sabe, porque lo tiene visto, que el águila herida tranquila se remonta al cielo mientras la víbora, en el cubil, de su propio veneno muere. (Pieza I, VERSOS SENCILLOS).

Ni le habléis de penas! Mientras haya montes que escalar y no haya purificado el fuego lo que puro tiene de ser, no le habléis de sus penas: la servidumbre del hombre es la gran pena del mundo! Y este inmenso amor del hombre cubre el abierto horizonte de su vida, como descogida cauda de cometa, y le pone triste, cuando tras el ensueño de su hijo, cruza las roncadas aguas del mar, porque en los mares por nadie puede derramar su sangre; los cielos y los mares ya no tienen esclavos.

De las ricas y nobles canteras de su alma, parte el oro de un sentimiento de amor para todos los seres humanos y cava en las vetas de diamante para verter sus fulgurantes aguas en las inteligencias humanas. No hay un solo generoso sentimiento que no haya encontrado vibrante su corazón, como una cuerda de lira; al que no haya prestado su lengua la más noble expresión.

Rayo de sol, un rasgo heroico se le entra por los ojos hasta el manantial de las lágrimas. «Un anciano de setenta y tres años, que ya había peleado por su patria diez, vino a decirme: «Quiero irme a la guerra con mis tres hijos». La vida seca las lágrimas».

mas; pero aquella vez me corrieron sin miedo de los ojos». Es que para el oído de Martí, el gentilísimo timbre de lo heroico tiene el mismo dulcísimo timbre del amor de la patria. «Nosotros, —dice— no sabemos si es bella la vida. Nosotros no sabemos si el sueño es tranquilo. ¡Nosotros solo sabemos sacarnos de un solo vuelco el corazón del pecho inútil, y ponerlo a que lo guse, a que lo aflija, a que lo muerda, a que lo desconozca la patria!» Es en ese pecho estrellado, tan hondo su afecto por la patria que para hablar de ella quisiera hacer de las palabras entrañas. «¿Con qué palabras, que no sean nuestras propias entrañas, podremos ofrecer otra vez a la patria afligida nuestro amor, y decir adiós, adiós hasta mañana, a las sombras ilustres que pueblan el aire que está ungiendo esta noche nuestras cabezas?» Un gran pintor, para modelo de un dios, le pide el hijo: «Para eso no! ¡para ir, patria, a servirte los dos!.. Hijo, por la luz natal! Hijo, por el pabellón!... Vamos, pues, hijo viril:— vamos los dos: si yo muero,— me besas: si tú... ¡prefiero— verte muerto a verte vill!»

Y cuando con aldabón de plata sonora vienen a llamar a su puerta los honores, el

no piensa en lo grande de la honra, ni en la mujer que le adora: él piensa en el humilde artillero, en el soldado, en el obrero, piensa en la tumba desierta.

Su ideal inmediato es la liberación de un pueblo; con eso sueña, por eso trabaja, habla, escribe, batalla; por eso también muere. Ningún caballero mas hidalgo, ningún soldado más resuelto, ningún orador mas elocuente, ningún poeta que mejor haya vivido la noble vida de su poesía heroica. Canta el amor de la patria, pero a ella le consagra la vida; celebra los mas nobles sentimientos, pero con ellos ha construido el marco de su existencia. Martí no escribe poesía, es poeta Martí: piensa, siente, vive poeta.

Recorro a mi sabor toda la extensión de su alma. Allí encuentro las montañas como pliegues del manto colosal que un gran dios, remontándose al Émpíreo, dejó sobre la tierra; allí la estrofa se columpia en la mar o sube, como virgen con su cesto de rosas, por escala tallada en arpegios, hacia la nube flotante; allí está, sonriente, la admiración, tejiendo coronas para los triunfos sagrados; allí la amistad, enjugando el llanto del amor; allí la elocuencia, encen-

diendo el fuego divino en el altar de la patria; y todo está en claridad y en día, porque no existe en esa alma, vasta para contener montañas y tempestades de mar, un solo rincón sombrío, ni taciturna venganza, ni odio con mirar de soslayo. Todo franco, todo del fino acero del valor heroico; si delicado, como de piel de rosas.

El torrente del amor, despeñándose en cascadas sucesivas sobre su alma, la dejó empapada, como para una gran siembra de laureles y de olivos, como para una ideal cosecha de inmortales flores. Sólo no amó el amarillo rey de los hombres: «Yo he visto el oro hecho tierra—barbullando en la redoma:—prefiero estar en la sierra—cuando vuela una paloma». Y dícele al hijo: «Mas si amar piensas—el amarillo—rey de los hombres,—¡muere conmigo!—¿Vivir impuro?—¡No vivas hijo!» Y pensar que su elocuencia de fuego, fundiendo aureas vetas avaras, troquelaba todo el oro necesario para fletar de pechos y pertrechos los barcos de la revolución!

Pero amó demasiado la libertad del alma, para comprometerla en un concubinato con el oro. «La libertad—dice—pone alas a la ostra». «Levantaos, poetas, porque voso-

tros sois los sacerdotes. La libertad es la religión definitiva. Y la poesía de la libertad, el culto nuevo. Ella aquieta y hermosa lo presente, deduce e ilumina lo futuro y explica el propósito inefable y la seductora bondad del Universo».

Como todo gran poeta, mondando las cosas de la tierra ha descubierto, como en el cuarzo el oro, lo espiritual impercedero. «Y el poeta esencial y absoluto—dice—en la visión de la espiritualidad superior, padece suavemente, como la mirra del incensario, y se da al aire repleto de vida, a que lo lleve».

Como gran poeta, él también intuyó la honda significación del dolor y dice: «Cada pena trae su haz, con que se nutre la hoguera de la fe en lo espiritual y venturoso de la vida culminante del Universo, adonde todo asciende por la prueba, y de que es esta vida mero retazo y áspero preparativo...» «Porque el que renuncia a sí, y se doma, entra desde esta vida en un goce de majestad y divino albedrío, por donde el espíritu, enlazado con el Universo, pierde la noción y el apetito de la muerte».

Esta noble vida de Martí por la tierra cruzó cargada de aromas, como de especias

y de resinas del Oriente las viejas naves portuguesas, para quemar en homenaje teúrgico a los divinos hombres. Porque él concibió el Homagno, el Homo Magnus, el Superhombre, el gran visionario que trasciende todas las cosas, todas las formas, todas las épocas. La bella y colosal cabeza de la Creación la toma en sus corpulentas manos y la interroga acerca de sus grandes misterios. Pero es su espíritu el que interroga al Numen celestial, de ojos de sol y respiración de océano.

No es la forma humana la que levanta su palabra, como no es el aljibe el que refleja y canta, sino el agua del fondo, el espíritu eterno, el habitante celeste en la mansión de carne, el remero divino dentro de la efímera barca, singlante por el río hacia el mar. Homagno pregunta a la Creación y la respuesta, anclada en un puerto de silencio, no llega; el sol se ciñe con lentitud la banda luminosa del zodiaco y la Creación, como dormida bajo un cielo de maravillas, no murmura con sus mil lenguas de prodigio la respuesta: la bella durmiente solo contesta en la soledad de la cámara más recóndita del escorial del corazón.

Cuán portentosa visión la de Martí: clavó

su Homagno de prometeica majestad sobre una roca que no mide más allá de ochenta versos. Toda la evolución os la da en uno solo: «Pez que en ave y corcel y hombre se torna» y en otro os da todo el martirologio de los grandes: «Todo el que lleva luz se queda solo». Grande él mismo, pidió a su madre el yugo para, empinándose encima, lucir sobre más alta frente los resplandores de su estrella.

II

«Cosas divinas dicen los poetas, pero no saben lo que dicen», es la bellísima expresión platónica para describir ese lanzarse de cumbre de la mente del poeta en frenesí a la región endonde flota, simiente rubia, el pensamiento excelso destinado a nutrir almas dilectas. Hay un mundo olímpico, de luz elísea, adonde los númenes, amorosos de los hombres, descienden para conversar con las mentes humanas, por escala de inspiración llegadas a tan limpia altura. Ellos son, por eso, los portadores de la luz celeste entre los hombres; son ellos los sembradores de la simiente rubia que enflora de belleza el campo donde la humanidad se agita. Pero

hay poetas que saben lo que dicen, porque parece que guardarán, como reflejo ondeante sobre las aguas de la mente, memoria de aquel raptó, de deslumbrante amarillo, como un recuerdo de bambú. De tales poetas fué Martí. Miró la visión pasar y la emoción soltó sobre aquel noble pecho, su temblorosa cabellera de color de caña; Martí no se dejó vencer. De su mirar la sutil sonda bajó hasta el fondo de los ojos de la emoción temblorosa y le descubrió el encanto; con él se entretejió su estética.

No hay una estética; cada alma de artista posee la suya construida sobre las mismas bases de su personal filosofía, cuando en el artista, como en Martí, conjúgase la fantasía con un exquisito discernimiento de proporción y de euritmia. Como en la constelación de Andrómeda, cerníase en el alma de Martí una estrella doble: su fantasía y su don de síntesis, girando, como subyugados, entorno de su espiritualismo uranio.

Si para Argensola tan sólo fueron las del amor las glorias ciertas, para Martí «no hay más gloria cierta que la del alma que está contenta de sí». «Un sentimiento como de familia»,—dice—vago y feliz, y una claridad excelsa y tenue, suceden a la duda ru-

dimentaria, el pueril descontento, o la satánica turbulencia: se va por entre voces, luces e himnos: como los lirios del campo se abre, a un sol invisible, el espíritu enajenado; y a los acordes, espontaneos y continuos, de la lira universal, ora graves y lentos, ora estridentes y retremblando de pavor, pasan, exhalando alma, los órdenes del mundo». Y cita con deleite estas frases de Walt Whitman: «Vosotros sois los primeros, dice a los científicos; pero la ciencia no es más que un departamento de mi morada, no es toda mi morada; ¡que pobres parecen las argucias ante un hecho heroico! A la ciencia, salve, y salve al alma, que está por sobre toda la ciencia». Y del poeta Sellén, con opulento encomio cita: «Cree Sellén en «Preexistencia», poesía famosa ya en castellano y en inglés, que en otra vida, que no sabe cual fuese, ensayó esto: «la palabra es inútil para explicar lo que sólo se percibe con el alma». Y siempre refiriéndose a Sellén, escribe: «Plumas de ave del paraíso tienen sus estrofas, cuando canta el universo permanente y radioso. «En todo existe un alma»: «La nota de una canción olvidada revela al alma su existencia anterior». «La vida va del Sol al átomo, y

del hombre a la estrella». Es vida todo, y luz, y movimiento». Mirad como distingue la mente instrumental del espíritu inspirador, que, como globo cautivo, se cierne en las alturas, atado por un hilo a las manos del hombre en la tierra: «Lo que se deja para después es perdido en poesía, puesto que en lo poético no es el entendimiento lo principal, ni la memoria, sino cierto estado de espíritu confuso y tempestuoso, en que la mente funciona de mero auxiliar, poniendo y quitando, hasta que quepa en música, lo que viene de fuera de ella.»

Martí ha puesto el oído atento en la tierra y en la roca, en el árbol y en el mar, y escuchó las palpitations del corazón de la vida en la tierra y la roca, en el árbol y el mar. Por eso las cosas, en su presencia, se animan. Algunas con terrible majestad, como esta: «Piafaba aún, cubierto de espuma, el Continente, flamígero el ojo y palpitanes los ijares, de la carrera en que habían paseado el estandarte del sol San Martín y Bolívar: lentre en la mar el caballo libertador, y eche de Cuba, de una pechada, al déspota mal seguro!» En otra parte: «Desbocará el verso, o lo tremolará, o lo plegará

al asta.» Más lejos: «No es él, no, de los que echan a andar un pensamiento pordiosero, que va tropezando y arrastrando bajo la opulencia visible de sus vestiduras regias.» Allí donde cae el mediodía de su mirada allí se levantan, sonantes, las palmas de Cuba, o se yergue, de entre las piedras, la indiada, o piafa, espumando, el palafren retinto, o parten, raudos, los cuatro lebreles de una ágil estrofa tras la saltante gacela de una idea.

El Arte suyo es demiúrgico, porque cuando ha tallado en la cantera los cuerpos les infunde, como si fuese un Elohim, aliento de vida y trascendente espíritu. Aquí está el secreto de la grandeza literaria de Martí. El otro secreto es su horror del lugar común. Su talento es de elección, con plumaje de cóndor andino en las alas. Baja de tarde en tarde, como para espantar la presa, porque como sabe nutrirse de sol, planeando al nivel de las cumbres, se hace una existencia feliz. Y rara vez desciende al valle, como por temor del légamo.

Fijad con bruñido garfio delante de vuestra mente percha de la que cuelguen cuatro faisanes emocionados, en espera de muerte; tal es la estrofa de un canto de amor en

Martí; poned cuatro quetzales bravíos, prontos a levantar el vuelo y esos serán cuatro versos remontándose a la libertad eximia. Faisanes y quetzales, aves del paraíso y aves lirás: en sus jardines encontraréis todo eso, exquisito y nuevo; «Todo está dicho ya —afirma— pero las cosas, cada vez que son sinceras, son nuevas.» Y fue su sinceridad la de su pecho y la de su lengua, al servicio de una mente valerosa. Porque hay torvo arranque de valor en despedazar la cadena de una vulgar asociación de ideas para construir con los rotos eslabones, pulidos y aureos, joya de pensamiento nuevo, con novedad de la mujer amada que en su cuerpo estrena un traje o trasparente sentimiento en su alma. Tiene Martí el valor del cambio; de allí su frescura de selva; su poder de animación de las cosas, su novedad de expresión. «Para Heredia» —dice —«la abogacía mana oro». «Ha desmayado luego y aun hay quien cuente, donde no se anda al sol, que va a desaparecer.» Lo veis? No os da el lugar común, os dice, «donde no se anda al sol.»

Su conocimiento de los clásicos hispanos le da el atrevimiento de sus trasposiciones: «¿Son estas que lo envuelven—carnes o ná-

cares?» «Mira estas dos, que con dolor te brindo—insignias de la vida.» «Aquella que me dieron,—de oro brillante—pluma a marcar nacida—frente, infames.»

La elipsis en manos de Martí es palanca poderosa: hace saltar el verbo, pero también otras palabras. Cercena en una frase un sustantivo o una preposición o la conjunción y monta, al aire, dos fragmentos de la sentencia que le resulta nueva y clara, sin embargo: «Mas si amar piensas — el amarillo — rey de los hombres — muere conmigo! — ¿Vivir impuro? — No vivas, hijo!» No hay conjunciones ilativas, ni causales, ni finales. Ve directamente las conclusiones, las ideas enlazadas intrínsecamente, pero sin ligaduras externas. Cuando nosotros columbramos la relación de causa o finalidad u otra cualquiera entre dos miembros de un pensamiento, al punto les echamos las esposas de una conjunción, para exhibirlos atados. No así Martí. Por eso hay firmeza y brevedad en su frase. La conjunción embisagra dos sentencias dándoles flexibilidad y robándoles novedad, encanto o fuerza. «Rasgarse el pecho — vaciar su sangre — y andar, andar heridos, — muy largo el valle, — roto el cuerpo en hara-

pos.» «Al viajero del cielo — ¿qué el mundo frágil?» O da un salto a los preclásicos: «Mis ojos, los mis claros ojos». Y torna al clasicismo: «Surjan — donde mis brazos, alas», «Amo las sonoridades difíciles», afirma. «Recortar versos, también sé, pero no quiero... cada inspiración trae su lenguaje». Y forja la imagen y vacía la palabra también: «Homagno», «sensuoso», «perfumoso».

Por donde quiera el valor heroico del cambio que reclama, para cumplirse, sabiduría! En los escritores, el miedo del cambio, como en las amantes flajeladas, inspira constancia, la pérfida constancia del estilo que se convierte en tumba de indio con unas mismas ágatas y unas mismas obsidianas, unas mismas hachas y unas mismas flechas. Alto el miedo! Y llamemos a consejo la sabiduría y el buen gusto, que ambos pusieron, para hacer bellísimo el estilo de Martí, rutilación de gemas y canción de mar, ecoada en palmas.

Pensad, vosotros, los que vais a leerle en las siguientes páginas, que subís a la Acrópolis de Cuba. Allá abajo, en los Propíteos, habréis visto otros hermosos poetas coronados por las vírgenes amadas de los hom-

bres; subid a la armoniosa Acrópolis y le hallaréis a él, al poeta José Martí, laureado por los dioses mismos.

Roberto Brenes Mesén

San José, Costa Rica.
20 de marzo de 1914.

Ismaelillo

(1882)

Hijo:

Espantado de todo, me refugio en ti.

Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti.

Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras páginas, díles que te amo demasiado para profanarte así. Tal como aquí te pinto, tal te han visto mis ojos. Con esos arreos de gala te me has aparecido. Cuando he cesado de verte en una forma, he cesado de pintarte. Esos riachuelos han pasado por mi corazón.

¡Lleguen al tuyo!

Príncipe enano

Para un príncipe enano
se hace esta fiesta.
Tiene guedejas rubias,
blandas guedejas;
por sobre el hombro blanco
luengas le cuelgan.
Sus dos ojos parecen
estrellas negras:
vuelan, brillan, palpitan,
relampaguean!
El para mí es corona,
almohada, espuela.
Mi mano, que así embrida
potros y hienas,
va, mansa y obediente,
donde él la lleva.
Si el ceño frunce, temo;
si se me queja,—
cual de mujer, mi rostro
nieve se trueca;
su sangre, pues, anima
mis flacas venas:
¡con su gozo mi sangre
se hincha, o se seca!
Para un príncipe enano
se hace esta fiesta.

¡Venga mi caballero
por esta senda!
¡Entrese mi tirano
por esta cueva!
Tal es, cuando a mis ojos
su imagen llega,
cual si en lóbrego antro
pálida estrella,
con fulgores de ópalo,
todo vistiera.
A su paso la sombra
matices muestra,
como al Sol que las hiere
las nubes negras.
¡Heme ya, puesto en armas,
en la pelea!
Quiere el príncipe enano
que a luchar vuelva.
¡El para mí es corona,
almohada, espuela!
Y como el Sol, quebrando
las nubes negras,
en banda de colores
la sombra trueca,—
él, al tocarla, borda
en la onda espesa,
mi banda de batalla
roja y violeta.
¿Conque mi dueño quiere
que a vivir vuelva?
¡Venga mi caballero
por esta senda!
¡Entrese mi tirano

por esta cueva!
¡Déjeme que la vida
a él, a él ofrezca!
Para un príncipe enano
se hace esta fiesta.

Sueño despierto

Yo sueño con los ojos
abiertos, y de día
y noche siempre sueño.
Y sobre las espumas
del ancho mar revuelto,
y por entre las crespas
arenas del desierto,
y del león pujante,
monarca de mi pecho,
montado alegremente
sobre el sumiso cuello,—
un niño que me llama
flotando siempre veo!

Brazos fragantes

Sé de brazos robustos,
blandos, fragantes;
y sé que cuando envuelven
el cuello frágil,
mi cuerpo, como rosa

besada, se abre,
y en su propio perfume
lánguido exhálase.
Ricas en sangre nueva
las sienes laten;
mueven las rojas plumas
internas aves;
sobre la piel, curtida
de humanos aires,
mariposas inquietas
sus alas baten;
savia de rosa enciende
las muertas carnes!—
Y yo doy los redondos
brazos fragantes,
por dos brazos menudos
que halarme saben,
y a mi pálido cuello
recios colgarse,
y de místicos lirios
collar labrarme!
¡Lejos de mí por siempre,
brazos fragantes!

Mi caballero

Por las mañanas,
mi pequeñuelo
me despertaba
con un gran beso.
Puesto a horcajadas

sobre mi pecho,
bridas forjaba
con mis cabellos.
Ebrio él de gozo,
de gozo yo ebrio,
me espoleaba
mi caballero:
¡qué suave espuela
sus dos pies frescos!
¡Cómo reía
mi jinetuelo!
Y yo besaba
sus pies pequeños,
dos pies que caben
en solo un beso!

Musa traviesa

¿Mi musa? Es un diablillo
con alas de ángel,
¡Ah, musilla traviesa,
qué vuelo trae!

Yo suelo, caballero
en sueños graves,
cabalgar horas luengas
sobre los aires.
Me entro en nubes rosadas,
bajo a hondos mares,
y en los senos eternos
hago viajes.

Allí asisto a la inmensa
boda inefable,
y en los talleres huelgo
de la luz madre:
y con ella es la oscura
vida, radiante,
y a mis ojos los antros
son nidos de ángeles!
Al viajero del cielo
¿qué el mundo frágil?
Pues ¿no saben los hombres
qué encargo traen?
¡Rasgarse el bravo pecho,
vaciar su sangre,
y andar, andar heridos,
muy largo el valle,
roto el cuerpo en harapos,
los pies en carne,
hasta dar sonriendo
—¡no en tierra!—exánimes!
Y entonces sus talleres
la luz les abre,
y ven lo que yo veo:
¿qué el mundo fragil?
Seres hay de montaña,
seres de valle,
y seres de pantanos
y lodazales.

De mis sueños desciendo,
volando vause,
y en papel amarillo
cuento el viaje.

Contándolo, me inunda
un gozo grave:—
y cual si el monte alegre,
queriendo holgarse
al alba enamorando
con voces ágiles,
sus hilillos sonoros
desanudase,
y salpicando riscos,
labrando esmaltes,
refrescando sedientas
cálidas cauces,
echáralos risueños
por falda y valle,—
así, al alba del alma
regocijándose,
mi espíritu encendido
me echa a raudales
por las mejillas secas
lágrimas suaves.
Me siento, cual si en magno
templo oficiase;
cual si mi alma por mirra
virtiese al aire;
cual si en mi hombro surgieran
fuerzas de Atlante;
cual si el Sol en mi seno
la luz fraguase:—
y estallo, hiervo, vibro;
alas me nacen!

Suavemente la puerta
del cuarto se abre,

y éntranse a él gozosos
luz, risas, aire.
Al par da el Sol en mi alma
y en los cristales:
¡por la puerta se ha entrado
mi diablo ángel!
¿Qué fué de aquellos sueños,
de mi viaje,
del papel amarillo,
del llanto suave?
Cual si de mariposas,
tras gran combate,
volaran alas de oro
por tierra y aire,
así vuelan las hojas
do cuento el trance.
Hala acá el travesuelo
mi paño árabe;
allá monta en el lomo
de un incunable;
un carcax con mis plumas
fabrica y átase;
un sílex persiguiendo
vuelca un estante,
y ¡allá ruedan por tierra
versillos frágiles,
brumosos pensadores,
lópeos galanes!
De águilas diminutas
puéblase el aire:
¡son las ideas, que ascienden,
rotas sus cárceles!

Del muro arranca, y cíñese,
indio plumaje:
aquella que me dieron
de oro brillante,
pluma, a marcar nacida
frentes infames,
de su caja de seda
saca, y la blande:
del Sol a los requiebros
brilla el plumaje,
que baña en áureas tintas
su audaz semblante.
De ambos lados el rubio
cabello al aire,
a mí súbito viénese
a que lo abrace.
De beso en beso escala
mi mesa frágil;
¡oh, Jacob, mariposa,
Ismaelillo, árabe!
¿Qué ha de haber que me guste
como mirarle
de entre polvo de libros
surgir radiante,
y, en vez de acero, verle
de pluma armarse,
y buscar en mis brazos
tregua al combate?
Venga, venga, Ismaelillo:
la mesa asalte,
y por los anchos pliegues
del paño árabe
en rota vergonzosa

mis libros lance,
y siéntese magnífico
sobre el desastre,
y muéstrame sonriendo,
roto el encaje—
—¡qué encaje no se rompe
en el combate!—
su cuello, en que la risa
gruesa onda hace!
Venga, y por cauce nuevo
mi vida lance,
y a mis manos la vieja
péñola arranque,
y del vaso manchado
la tinta vacie!
¡Vaso puro de nácar:
dame a que harte
esta sed de pureza:
los labios cánsame!
¿Son éstas que lo envuelven
carnes, o nácares?
La risa, como en taza
de ónice árabe,
en su incólume seno
bulle triunfante:
¡hete aquí, hueso pálido
vivo y durable!
Hijo soy de mi hijo!
El me rehace!

Pudiera yo, hijo mío,
quebrando el arte
universal, muriendo

mis años dándote,
envejecerte súbito,
la vida ahorrarte!—
Mas no: que no verías
en horas graves
entrar el Sol al alma
y a los cristales!
Hierva en tu seno puro
risa sonante:
rueden pliegues abajo
libros exangües:
sube, Jacob alegre,
la escala suave:
ven, y de beso en beso
mi mesa asaltes:—
¡pues esa es mi musilla,
mi diablo ángel!
¡Ah, musilla traviesa,
qué vuelo trae!

Mi reyecillo

Los persas tienen
un rey sombrío;
los hunos foscos
un rey altivo;
un rey ameno
tienen los íberos;
rey tiene el hombre,
rey amarillo:
¡mal van los hombres

con su dominio!
Mas yo vasallo
de otro rey vivo,—
un rey desnudo,
blanco y rollizo:
su cetro—un beso!
mi premio—un mimo!
Oh! cual los áureos
reyes divinos
de tierras muertas,
de pueblos idos
—¡cuando te vayas,
llévame, hijo!—
Toca en mí frente
tu cetro omnímodo;
úngeme siervo,
siervo sumiso:
¡no he de cansarme
de verme ungido!
¡Lealtad te juro,
mi reyecillo!
Sea mi espada
pavés de mi hijo;
pasa en mis hombros
el mar sombrío:
muera al ponerte
en tierra vivo:—
mas si amar piensas
el amarillo
rey de los hombres,
¡muere conmigo!
¿Vivir impuro?
¡No vivas, hijo!

Penachos vívidos

Como taza en que hierve
de transparente vino
en doradas burbujas
el generoso espíritu;

Como inquieto mar joven
del cauce nuevo henchido
rebosa, y por las playas
bulle y muere tranquilo;

Como manada alegre
de bellos potros vivos
que en la mañana clara
muestran su regocijo,
ora en carreras locas,
o en sonoros relinchos,
o sacudiendo el aire
el crinaje magnífico;—

Así mis pensamientos
rebotan en mí vívidos,
y en crespas espumas de oro
besan tus pies, sumisos,
o en fúlgidos penachos
de varios tintes ricos,
se mecen y se inclinan
cuando tú pasas—hijo!

Hijo del alma

¡Tu flotas sobre todo,
hijo del alma!
De la revuelta noche
las oleadas,
en mi seno desnudo
déjante el alba;
y del día la espuma
turbia y amarga,
de la noche revuelta
te echa en las aguas.
Guardiancillo magnánimo,
la no cerrada
puerta de mi hondo espíritu
amante guardas;
y si en la sombra ocultas
búscanme avaras,
de mi calma celosas,
mis penas varias,—
en el umbral oscuro
fiero te alzas,
y les cierran el paso
tus alas blancas!
Ondas de luz y flores
trae la mañana,
y tú en las luminosas
ondas cabalgas.
No es, no, la luz del día
la que me llama,

sino tus manecitas
en mi almohada.
Me hablan de que estás lejos:
¡locuras me hablan!
Ellos tienen tu sombra;
¡yo tengo tu alma!
Esas son cosas nuevas,
más y extrañas.
Yo sé que tus dos ojos
allá en lejanas
tierras relampaguean,—
y en las doradas
olas de aire que baten
mi frente pálida,
pudiera con mi mano,
cual si haz segara
de estrellas, segar haces
de tus miradas:
¡tú flotas sobre todo,
hijo del alma!

Amor errante

Hijo, en tu busca
cruzo los mares:
las olas buenas
a ti me traen:
los aires frescos
limpian mis carnes
de los gusanos
de las ciudades;

pero voy triste
porque en los mares
por nadie puedo
verter mi sangre.
¿Qué a mí las ondas
mansas e iguales?
¿Qué a mí las nubes,
joyas volantes?
¿Qué a mí los blandos
juegos del aire?
¿Qué la iracunda
voz de huracanes?
A éstos—¡la frente
hecha a domarles!
A los lascivos
besos fugaces
de las menudas
brisas amables,—
mis dos mejillas
secas y exangües,
de un beso inmenso
siempre voraces!
Y ¿a quién, el blanco
pálido ángel
que aquí en mi pecho
las alas abre,
y a los cansados
que de él se amporen
y en él se nutran
busca anhelante?
¿A quién envuelve
con sus suaves
alas nubosas

mi amor errante?
Libres de esclavos
cielos y mares,
por nadie puedo
verter mi sangre!

Y llora el blanco
pálido ángel:
¡celos del cielo
llorar le hacen,
que a todos cubre
con sus celajes!
Las alas níveas
cierra, y ampárase
de ellas el rostro
inconsolable:—
y en el confuso
mundo fragante
que en la profunda
sombra se abre,
donde en solemne
silencio nacen
flores eternas
y colosales,
y sobre el dorso
de aves gigantes
despiertan besos
inacabables,—
risueño y vivo
surge otro ángel!

Sobre mi hombro

Ved: sentado lo llevo
sobre mi hombro:
oculto va, y visible
para mí solo:
él me cife las sienes
con su redondo
brazo, cuando a las fieras
penas me postro:—
cuando el cabello hirsuto
yérguese y hosco,
cual de interna tormenta
símbolo torvo,
como un beso que vuela
siento en el tosco
cráneo: su mano amansa
el bridón loco!—
Cuando en medio del recio
camino lóbrego,
sonrío, y desmayado
del raro gozo,
la mano tiendo en busca
de amigo apoyo,—
es que un beso invisible
me da el hermoso
niño que va sentado
sobre mi hombro.

Tábanos fieros

¡Venid, tábanos fieros,
venid, chacales,
y muevan trompa y diente
y en horda ataquen,
y cual tigre a bisonte
sítienme y salten!
Por aquí, verde envidia!
Tú, bella carne,
en los dos labios muérdeme:
sécame: máncame!
Por acá, los vendados
celos voraces!
Y tú, moneda de oro,
por todas partes!
De virtud mercaderes,
mercadeadme!
Mató el Gozo a la Honra:
Venga a mí,—y mate!

Cada cual con sus armas
surja y batalle:
el placer, con su copa:
con sus amables
manos, en mirra untadas,
la virgen ágil;
con su espada de plata,
el diablo bátame:—
la espada cegadora
no ha de cegarme!

Asorde la caterva
de batallantes:
brillen cascos plumados
como brillasen
sobre montes de oro
nieves radiantes:
como gotas de lluvia
las nubes lancen
muchedumbre de aceros
y de estandartes:
parezca que la tierra,
rota en el trance,
cubrió su dorso verde
de áureos gigantes:
lidiemos, no a la lumbre
del sol suave,
sino al funesto brillo
de los cortantes
hierros: rojos relámpagos
la niebla tajen:
sacudan sus raíces
libres los árboles:
sus faldas trueque el monte
en alas ágiles:
clamor óigase, como
si en un instante
mismo, las almas todas
volando ex cárceres,
rodar a sus pies vieran
su hoga de carnes:
cíñame recia veste
de amenazantes
astas agudas: hilos

tenues de sangre
por mi piel rueden leves
cual rojos áspides:
su diente en lodo afilen
pardos chacaes:
lime el tábano terco
su aspa volante:
muérdame en los dos labios
la bella carne:—
que ya vienen, ya vienen
mis talismanes!
Como nubes vinieron
esos gigantes:
¡ligeros como nubes
volando iránse!

La desdentada envidia
irá, secas las fauces,
hambrienta, por desiertos
y calcinados valles,
royéndose las mondas
escuálidas falanges;
vestido irá de oro
el diablo formidable,
en el cansado puño
quebrada la tajante;
vistiendo con sus lágrimas
irá, y con voces grandes
de duelo, la Hermosura
su inútil arraje:--
y yo en el agua fresca
de algún arroyo amable
bañaré sonriendo
mis hilillos de sangre.

Ya miro en polvareda
radiosa evaporarse
aquellas escamadas
corazas centellantes:
las alas de los cascos
agítanse, debátense,
y el casco de oro en fuga
se pierde por los aires.
Tras misterioso viento
sobre la hierba arrástranse,
cual sierpes de colores,
las flámulas ondeantes.
Junta la tierra súbito
sus grietas colosales
y echa su dorso verde
por sobre los gigantes:
corren como que vuelan
tábanos y chacales,
y queda el campo lleno
de un humillo fragante.
De la derrota ciega
los gritos espantables
escúchanse, que evocan
callados capitanes;
y mésase soberbia
el áspero crinaje,
y como muere un buitre
expira sobre el valle:
en tanto, yo a la orilla
de un fresco arroyo amable,
restaño sonriendo
mis hilillos de sangre.

No temo yo ni curo
de ejércitos pujantes,
ni tentaciones sordas,
ni vírgenes voraces:
él vuela en torno mío,
él gira, él para, él bate;
aquí su escudo opone;
allí su clava blande;
a diestra y a siniestra
mandobla, quiebra, esparce;
recibe en su escudillo
lluvia de dardos hábiles;
sacúdelos al suelo,
bríndalo a nuevo ataque.
¡Ya vuelan, ya se vuelan
tábanos y gigantes!—
Escúchase el chasquido
de hierros que se parten;
al aire chispas fúlgidas
suben en rubios haces;
alfómbrase la tierra
de dagas y montantes;
¡ya vuelan, ya se esconden
tábanos y chacales!—
él como abeja zumba,
él rompe y mueve el aire,
detiéndose, ondea, deja
rumor de alas de ave:
ya mis cabellos roza;
ya sobre mi hombro párase;
ya a mi costado cruza;
ya en mi regazo lánzase;
¡ya la enemiga tropa

huye, rota y cobarde!
¡Hijos, escudos fuertes,
de los cansados padres!
¡Venga mi caballero,
caballero del aire!
¡Véngase mi desnudo
guerrero de alas de ave,
y echemos por la vía
que va a ese arroyo amable,
y con sus aguas frescas
bañe mi hilo de sangre!
Caballeruelo mío!
Batallador volante!

Tórtola blanca

El aire está espeso
la alfombra manchada,
las luces ardientes,
revuelta la sala;
y acá entre divanes
y allá entre otomanas,
tropiézase en restos
de tules, o de alas.
Un baile parece
de copas exhaustas!
Despierto está el cuerpo,
dormida está el alma;
¡Qué férvido el valse!
¡Qué alegre la danza!

¡Qué fiera hay dormida
cuando el baile acaba!

Detona, chispea,
espuma, se vacía,
y expira dichosa
la rubia champaña:
los ojos fulguran;
las manos abrasan;
de tiernas palomas
se nutren las águilas;
don Juanes lucientes
devoran Rosauras;
fermenta y rebosa
la inquieta palabra;
estrecha en su cárcel
la vida incendiada,
en risas se rompe
y en lava y en llamas;
y lirios se quiebran,
y violas se manchan,
y giran las gentes,
y ondulan y valsan;
mariposas rojas
inundan la sala,
y en la alfombra muere
la tórtola blanca.

Yo fiero rehusó
la copa labrada;
traspaso a un sediento
la alegre champaña;
pálido recojo
la tórtola hollada;

y en su fiesta deajo
las fieras humanas;—
que el balcón azotan
dos alitas blancas
que llenas de miedo
temblando me llaman.

Valle lozano

Dígame mi labriego
cómo es que ha andado
en esta noche lóbrega
este hondo campo?
Dígame de qué flores
untó el arado,
que la tierra olorosa
trasciende a nardos?
Dígame de qué ríos
regó este prado,
que era un valle muy negro
y ora es lozano?

Otros, con dagas grandes
mi pecho araron:
pues ¿qué hierro es el tuyo
que no hace daño?
Y esto dije—y el niño
riendo me trajo
en sus dos manos blancas
un beso casto.

Mi despensero

Qué me das? Chipre?
Yo no lo quiero:
ni rey de bolsa
ni posaderos
tienen del vino
que yo deseo:
ni es de cristales
de cristaleros
la dulce copa
en que lo bebo.

Mas está ausente
mi despensero,
y de otro vino
yo nunca bebo

Rosilla nueva

Traidor! Con qué arma de oro
me has cautivado?
Pues yo tengo coraza
de hierro áspero,
Hiela el dolor: el pecho
trueca en peñasco.

Y así como la nieve,
del Sol al blando

rayo, suelta el magnífico
manto plateado,
y salta en hilo alegre
al valle pálido,
y las rosillas nuevas
riega magnánimo;
así, guerrero fúlgido,
roto a tu paso,
humildoso y alegre
rueda el peñasco;
y cual lebrel sumiso
busca saltando
a la rosilla nueva
del valle pálido.

Versos sencillos

(1891)

MIS amigos saben cómo se me salieron estos versos del corazón. Fué aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? Y la agonia en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar el plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de la pa-

tria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana, me quitaron las fuerzas mermadas por dolores injustos. Me echó el médico al monte: corrían arroyos, y se cerraban las nubes: escribí versos. A veces ruge el mar, y revienta la ola, en la noche negra, contra las rocas del castillo ensangrentado: a veces susurra la abeja, merodeando entre las flores.

¿Por qué se publica esta sencillez, escrita como jugando, y no mis encrespados VERSOS LIBRES, mis endecasílabos hirsutos, nacidos de grandes miedos, o de grandes esperanzas, o de indómito amor de libertad, o de amor doloroso a la hermosura, como riachuelo de oro natural, que va entre arena y aguas turbias y raíces, o como hierro caldeado, que silba y chispea, o como surtidores candentes? ¿Y mis VERSOS CUBANOS, tan llenos de enojo, que están mejor donde no se les ve? ¿Y tanto pecado mío escondido, y tanta prueba ingenua y rebelde de literatura? ¿Ni a qué exhibir ahora, con ocasión de estas flores silvestres, un curso de mi poética, y decir por qué repito un consonante de propósito, o los gradúo y agrupo de modo que vayan por la vista y el oído al sentimiento, o salto por ellos,

cuando no pide rimas ni soporta repujos la idea tumultuosa? Se imprimen estos versos porque el afecto con que los acogieron, en una noche de poesía y amistad, algunas almas buenas, los ha hecho ya públicos. Y porque amo la sencillez, y creo en la necesidad de poner el sentimiento en formas llanas y sinceras.

Nueva York, 1891.

I

Yo soy un hombre sincero
de donde crece la palma,
y antes de morirme quiero
echar mis versos del alma.

Yo vengo de todas partes,
y hacia todas partes voy:
arte soy entre las artes;
en los montes, monte soy.

Yo sé los nombres extraños
de las yerbas y las flores,
y de mortales engaños,
y de sublimes dolores.

Yo he visto en la noche oscura
llover sobre mi cabeza
los rayos de lumbre pura
de la divina belleza.

Alas nacer ví en los hombros
de las mujeres hermosas:
y salir de los escombros,
volando, las mariposas.

He visto vivir a un hombre
con el puñal al costado,
sin decir jamás el nombre
de aquella que lo ha matado.

Rápida, como un reflejo,
dos veces ví el alma, dos:
cuando murió el pobre viejo,
cuando ella me dijo adiós.

Temblé una vez—en la reja,
a la entrada de la viña,—
cuando la bárbara abeja
picó en la frente a mi niña.

Gocé una vez, de tal suerte
que gocé cual nunca:—cuando
la sentencia de mi muerte
leyó el alcaide llorando.

Oigo un suspiro, a través
de las tierras y la mar,
y no es un suspiro,— es
que mi hijo va a despertar.

Si dicen que del joyero
tome la joya mejor,
tomo a un amigo sincero
y pongo a un lado el amor.

Yo he visto al águila herida
volar al azul sereno,
y morir en su guarida
la víbora del veneno.

Yo sé bien que cuando el mundo
cede, lívido, al descanso,
sobre el silencio profundo
murmura el arroyo manso.

Yo he puesto la mano osada,
de horror y júbilo yerta,
sobre la estrella apagada
que cayó frente a mi puerta.

Oculto en mi pecho bravo
la pena que me lo hiere:
el hijo de un pueblo esclavo
vive por él, calla y muere.

Todo es hermoso y constante,
todo es música y razón,
y todo, como el diamante,
antes que luz es carbón.

Yo sé que el necio se entierra
con gran lujo y con gran llanto,—
y que no hay fruta en la tierra
como la del camposanto.

Callo, y entiendo, y me quito
la pompa del rimador:
cuelgo de un árbol marchito
mi muceta de doctor.

III

Odio la máscara y vicio
del corredor de mi hotel:
me vuelvo al manso bullicio
de mi monte de laurel.

Con los pobres de la tierra
quiero yo mi suerte echar:
el arroyo de la sierra
me complace más que el mar.

Denle al vano el oro tierno
que arde y brilla en el crisol:
a mí dénme el bosque eterno
cuando rompe en él el Sol.

Yo he visto el oro hecho tierra
barbullendo en la redoma:
prefiero estar en la sierra
cuando vuela una paloma.

Busca el obispo de España
pilares para su altar;
¡en mi templo, en la montaña,
el álamo es el pilar!

Y la alfombra es puro helecho,
y los muros abedul,
y la luz viene del techo,
del techo de cielo azul.

El obispo, por la noche,
sale, despacio, a cantar:
monta, callado, en su coche,
que es la piña de un pinar.

Las jacas de su carroza
son dos pájaros azules:
y canta el aire y retoza,
y cantan los abedules.

Duermo en mi cama de roca
mi sueño dulce y profundo:
roza una abeja mi boca
y crece en mi cuerpo el mundo.

Brillan las grandes molduras
al fuego de la mañana,
que tiñe las colgaduras
de rosa, violeta y grana.

El clarín, solo en el monte,
canta al primer arrebol:
la gasa del horizonte
prende, de un aliento, el Sol.

¡Díganle al obispo ciego,
al viejo obispo de España
que venga, que venga luego,
a mi templo, a la montaña!

IV

Yo visitaré anhelante
los rincones donde a solas
estuvimos yo y mi amante
retozando con las olas.

Solos los dos estuvimos,
solos, con la compañía
de dos pájaros que vimos
meterse en la gruta umbría.

Y ella, clavando los ojos,
en la pareja ligera,
deshizo los lirios rojos
que le dió la jardinera.

La madre selva olorosa
cogió con sus manos ella,
y una madama graciosa,
y un jazmín como una estrella.

Yo quise, diestro y galán,
abrirle su quitasol;
y ella me dijo: «¡Qué afán!
¡Si hoy me gusta ver el Sol!»

«Nunca más altos he visto
estos nobles robledales:
aquí debe estar el Cristo,
porque están las catedrales».

«Ya sé dónde ha de venir
mi niña a la comunión;
de blanco la he de vestir
con un gran sombrero alón».

Después, del calor al peso,
entramos por el camino,
y nos dábamos un beso
en cuanto sonaba un trino.

¡Volveré, cual quien no existe,
al lago mudo y helado:
clavaré la quilla triste:
posaré el remo callado!

V

Si ves un monte de espumas,
es mi verso lo que ves:
mi verso es un monte, y es
un abanico de plumas.

Mi verso es como un puñal
que por el puño echa flor:
mi verso es un surtidor
que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro
y de un carmín encendido:
mi verso es un ciervo herido
que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada:
mi verso, breve y sincero,
es del vigor del acero
con que se funde la espada.

VI

 Si quieren que de este mundo
lleve una memoria grata,
llevaré, padre profundo,
tu cabellera de plata.

 Si quieren, por gran favor,
que lleve más, llevaré
la copia que hizo el pintor
de la hermana que adoré.

 Si quieren que a la otra vida
me lleve todo un tesoro,
¡llevo la trenza escondida
que guardo en mi caja de oro!

VII

 Para Aragón, en España,
tengo yo en mi corazón
un lugar todo Aragón,
franco, fiero, fiel, sin saña.

Si quiere un tonto saber
por qué lo tengo, le digo
que allí tuve un buen amigo,
que allí quise a una mujer.

Allá, en la vega florida,
la de la heroica defensa,
por mantener lo que piensa
juega la gente la vida.

Y si un alcalde lo aprieta
o lo enoja un rey cazarro,
calza la manta el baturro
y muere con su escopeta.

Quiero a la tierra amarilla
que baña el Ebro lodoso:
quiero el Pilar azuloso
de Lanuza y de Padilla.

Estimo a quien de un revés
echa por tierra a un tirano:
lo estimo, si es un cubano;
lo estimo, si aragonés.

Amo los patios sombríos
con escaleras bordadas;
amo las naves calladas
y los conventos vacíos.

Amo la tierra florida,
musulmana o española,
donde rompió su corola
la poca flor de mi vida.

VIII

Yo tengo un amigo muerto
que suele venirme a ver:
mi amigo se sienta, y canta;
canta en voz que ha de doler.

«En un ave de dos alas
bogo por el cielo azul:
un ala del ave es negra
otra de oro Caribú.

«El corazón es un loco
que no sabe de un color;
o es su amor de dos colores,
o dice que no es amor.

«Hay una loca más fiera
que el corazón infeliz:
la que le chupó la sangre
y se echó luego a reír.

«Corazón que lleva rota
el ancla fiel del hogar,
va como barca perdida,
que no sabe a dónde va».

En cuanto llega a esta angustia
rompe el muerto a maldecir:
le amanso el cráneo: lo acuesto:
acuesto el muerto a dormir.

IX

Quiero, a la sombra de un ala,
contar este cuento en flor:
la niña de Guatemala,
la que se murió de amor.

Eran de lirios los ramos,
y las orlas de reseda
y de jazmín: la enterramos
en una caja de seda.

... Ella dió al desmemoriado
una almohadilla de olor:
él volvió, volvió casado:
ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas
obispos y embajadores:
detrás iba el pueblo en tandas,
todo cargado de flores.

... Ella, por volverlo a ver,
salió a verlo al mirador:
él volvió con su mujer:
ella se murió de amor.

Como de bronce candente
al beso de despedida
era su frente—¡la frente
que más he amado en mi vida!

... Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor:
dicen que murió de frío:
yo sé que murió de amor.

Allí, en la bóveda helada,
la pusieron en dos bancos:
besé su mano afilada,
besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,
me llamó el enterrador:
¡nunca más he vuelto a ver
a la que murió de amor!

X

El alma trémula y sola
padece al anochecer:
hay baile; vamos a ver
la bailarina española.

Han hecho bien en quitar
el banderón de la acera;
porque si está la bandera,
no sé, yo no puedo entrar.

Ya llega la bailarina:
soberbia y pálida llega:
¿cómo dicen que es gallega?
Pues dicen mal: es divina.

Lleva un sombrero torero
y una capa carmesí:
¡lo mismo que un alefí
que se pusiese un sombrero!

Se ve, de paso, la ceja,
ceja de mora traidora:
y la mirada, de mora:
y como nieve la oreja.

Preludian, bajan la luz,
y sale en bata y mantón,
la virgen de la Asunción
bailando un baile andaluz.

Alza, retando, la frente;
crúzase al hombro la manta:
en arco el brazo levanta:
mueve despacio el pie ardiente.

Repica con los tacones
el tablado zalamera,
como si la tabla fuera
tablado de corazones.

Y va el convite creciendo
en las llamas de los ojos,
y el manto de flecos rojos
se va en el aire meciendo.

Súbito, de un salto arranca:
húrtase, se quiebra, gira:
abre en dos la cachemira,
ofrece la bata blanca.

El cuerpo cede y ondea;
la boca abierta provoca;
es una rosa la boca:
lentamente taconeá.

Recoge, de un débil giro,
el manto de flecos rojos:
se va, cerrando los ojos,
se va, como en un suspiro...

Baila muy bien la española,
es blanco y rojo el mantón:
¡vuelve, fosca, a su rincón
el alma trémula y sola!

XI

Yo tengo un paje muy fiel
que me cuida y que me gruñe,
y al salir, me limpia y bruñe
mi corona de laurel.

Yo tengo un paje ejemplar
que no come, que no duerme,
y que se acurruca a verme
trabajar, y sollozar.

Salgo, y el vil se desliza
y en mi bolsillo aparece;
vuelvo, y el terco me ofrece
una taza de ceniza.

Si duermo, al rayar el día
se sienta junto a mi cama:
si escribo, sangre derrama
mi paje en la escribanía.

Mi paje, hombre de respeto,
al andar castañetea:
hiela mi paje, y chispea:
mi paje es un esqueleto.

XII

En el bote iba remando
por el lago seductor,
con el sol que era oro puro
y en el alma más de un sol.

Y a mis pies ví de repente,
ofendido del hedor,
un pez muerto, un pez hediondo
en el bote remador.

XV

Vino el médico amarillo
a darme su medicina,
con una mano cetrina
y la otra mano al bolsillo:
¡yo tengo allá en un rincón
un médico que no manca
con una mano muy blanca
y otra mano al corazón!

Viene, de blusa y casquete,
el grave del repostero,
a preguntarme si quiero
o Málaga o Pajarete:
¡díganle a la repostera
que ha tanto tiempo no he visto,
que me tenga un beso listo
al entrar la primavera!

XVI

En el alféizar calado
de la ventana moruna,
pálido como la luna,
medita un enamorado.

Pálida, en su canapé
de seda tórtola y roja,
Eva, callada, deshoja
una violeta en el te.

XVII

Es rubia: el cabello suelto
da más luz al ojo moro:
voy, desde entonces, envuelto
en un torbellino de oro.

La abeja estival que zumba
mas ágil por la flor nueva,
no dice, como antes, «tumba»:
«Eva» dice: todo es «Eva».

Bajo, en lo oscuro, al temido
raudal de la catarata:
¡y brilla el iris, tendido
sobre las hojas de plata!

Miro, ceñudo, la agreste
pompa del monte irritado:
¡y en el alma azul celeste
brota un jacinto rosado!

Voy, por el bosque, a paseo
a la laguna vecina:
y entre las ramas la veo,
y por el agua camina.

La serpiente del jardín
silba, escupe, y se resbala
por su agujero: el clarín
me tiende, trinando, el ala.

¡Arpa soy, salterio soy
donde vibra el Universo:
vengo del sol, y al sol voy:
soy el amor: soy el verso!

XVIII

El alfiler de Eva loca
es hecho del oro oscuro
que lo sacó un hombre puro
del corazón de una roca.

Un pájaro tentador
le trajo en el pico ayer
un relumbrante alfiler
de pasta y de similor.

Eva se prendió al oscuro
talle el diamante embustero:
y echó en el alfiletero
el alfiler de oro puro.

XIX

Por tus ojos encendidos
y lo mal puesto de un broche,
pensé que estuviste anoche
jugando a juegos prohibidos.

Te odié por vil y alevosa:
te odié con odio de muerte:
náusea me daba de verte
tan villana y tan hermosa.

Y por la esquela que ví
sin saber cómo ni cuándo,
sé que estuviste llorando
toda la noche por mí.

XXI

Ayer la ví en el salón
de los pintores, y ayer
detrás de aquella mujer
se me saltó el corazón.

Sentada en el suelo rudo
está en el lienzo: dormido
al pie, el esposo rendido:
al seno el niño desnudo.

Sobre unas briznas de paja
se ven mendrugos mondados:
le cuelga el manto a los lados,
lo mismo que una mortaja.

No nace en el torvo suelo
ni una viola, ni una espiga:
muy lejos, la casa amiga,
muy triste y oscuro el cielo!...

¡Esa es la hermosa mujer
que me robó el corazón
en el soberbio salón
de los pintores de ayer!

XXII

Estoy en el baile extraño
de polaina y casaquín
que dan, del año hacia el fin,
los cazadores del año.

Una duquesa violeta
va con un frac colorado:
marca un vizconde pintado
el tiempo en la pandereta.

Y pasan las chupas rojas,
pasan los tules de fuego,
como delante de un ciego
pasan volando las hojas.

XXIII

Yo quiero salir del mundo
por la puerta natural:
en un carro de hojas verdes
a morir me han de llevar.

No me pongan en lo oscuro
a morir como un traidor:
yo soy bueno, y como bueno
moriré de cara al Sol!

XXIV

Sé de un pintor atrevido
que sale a pintar contento
sobre la tela del viento
y la espuma del olvido.

Yo sé de un pintor gigante,
el de divinos colores,
puesto a pintarle las flores
a una corbeta mercante.

Yo sé de un pobre pintor
que mira el agua al pintar,—
el agua ronca del mar,—
con un entrañable amor.

XXV

Yo pienso, cuando me alegro
como un escolar sencillo,
en el canario amarillo,—
que tiene el ojo tan negro!

Yo quiero, cuando me muera,
sin patria, pero sin amo,
tener en mi losa un ramo
de flores,—y una bandera!

XXVI

Yo que vivo, aunque me he muerto,
soy un gran descubridor,
porque anoche he descubierto
la medicina de amor.

Cuando al peso de la cruz
el hombre morir resuelve,
sale a hacer bien, lo hace, y vuelve
como de un baño de luz.

XXVII

El enemigo brutal
nos pone fuego a la casa:
el sable la calle arrasa,
a la luna tropical.

Pocos salieron ilesos
del sable del español:
la calle, al salir el Sol,
era un reguero de sesos.

Pasa, entre balas, un coche:
entran, llorando, a una muerta:
llama una mano a la puerta
en lo negro de la noche.

No hay bala que no taladre
el portón: y la mujer
que llama, me ha dado el ser
me viene a buscar mi madre.

A la boca de la muerte,
los valientes habaneros
se quitaron los sombreros
ante la matrona fuerte.

Y después que nos besamos
como dos locos, me dijo:
«Vamos pronto, vamos, hijo:
la niña está sola: vamos!»

XXVIII

Por la tumba del cortijo
donde está el padre enterrado,
pasa el hijo, de soldado
del invasor: pasa el hijo.

El padre, un bravo en la guerra,
envuelto en su pabellón
álzase: y de un bofetón
lo tiende, muerto, por tierra.

El rayo reluce: zumba
el viento por el cortijo:
el padre recoge al hijo,
y se lo lleva a la tumba.

XXIX

La imagen del rey, por ley,
lleva el papel del Estado:
el niño fué fusilado
por los fusiles del rey.

Festejar el santo es ley
del rey: y en la fiesta santa
¡la hermana del niño canta
ante la imagen del rey!

XXXI

Para modelo de un dios
el pintor lo envió a pedir:—
¡para eso no! ¡para ir,
patria, a servirte los dos!

Bien estará en la pintura
el hijo que amo y bendigo:—
¡mejor en la ceja oscura,
cara a cara al enemigo!

Es rubio, es fuerte, es garzón
de nobleza natural:
¡Hijo, por la luz natal!
¡Hijo, por el pabellón!

Vamos, pues, hijo viril:
vamos los dos: si yo muero,
me besas: si tú... ¡prefiero
verte muerto a verte vil!

XXXII

En el negro callejón
donde en tinieblas paseo,
alzo los ojos, y veo
la iglesia, erguida, a un rincón.

¿Será misterio? ¿Será
revelación y poder?
¿Será, rodilla, el deber
de postrarse? ¿Qué será?

Tiembla la noche: en la parra
muere el gusano el retoño;
grazna, llamando al otoño,
la hueca y hosca cigarra.

Graznan dos: atento al dúo
alzo los ojos, y veo
que la iglesia del paseo
tiene la forma de un buho.

XXXIV

¡Penas! ¿Quién osa decir
que tengo yo penas? Luego,
después del rayo, y del fuego,
tendré tiempo de sufrir.

Yo sé de un pesar profundo
entre las penas sin nombres:
¡la esclavitud de los hombres
es la gran pena del mundo!

Hay montes, y hay que subir
los monte altos; ¡después
veremos, alma, quién es
quien te me ha puesto al morir!

XXXV

¿Qué importa que tu puñal
se me clave en el riñón?
¡Tengo mis versos, que son
más fuertes que tu puñal!

¿Qué importa que este dolor
seque el mar, y nuble el cielo?
El verso, dulce consuelo,
nace alado del dolor.

XXXVII

Aquí está el pecho, mujer,
que ya sé que lo herirás:
¡más grande debiera ser,
para que lo hirieses más!

Porque noto, alma torcida,
que en mi pecho milagroso,
mientras más honda la herida,
es mi canto más hermoso.

XXXVIII

¿Del tirano? Del tirano
dí todo, ¡dí más!: y clava
con furia de mano esclava
sobre su oprobio al tirano.

¿Del error? Pues del error
dí el antro, dí las veredas
oscuras: dí cuanto puedas
del tirano y del error.

¿De mujer? Pues puede ser
que mueras de su mordida;
pero no empañes tu vida
diciendo mal de mujer!

XXXIX

Cultivo una rosa blanca,
en junio como en enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni oruga cultivo:
cultivo la rosa blanca.

XLI

Cuando me vino el honor
de la tierra generosa,
no pensé en Blanca ni en Rosa
ni en lo grande del favor.

Pensé en el pobre artillero
que está en la tumba, callado:
pensé en mi padre, el soldado:
pensé en mi padre, el obrero.

Cuando llegó la pomposa
carta, en su noble cubierta,
pensé en la tumba desierta,
no pensé en Blanca ni en Rosa.

XLII

En el extraño bazar
del amor, junto a la mar,
la perla triste y sin par
le tocó por suerte a Agar.

Agar, de tanto tenerla
al pecho, de tanto verla
Agar, llegó a aborrecerla:
majó, tiró al mar la perla.

Y cuando Agar, venenosa
de inútil furia, y llorosa,
pidió al mar la perla hermosa,
dijo la mar borrascosa:

«¿Qué hiciste, torpe, qué hiciste
de la perla que tuviste?
La majaste, me la diste:
yo guardo la perla triste».

XLIII

Mucho, señora, daría
por tender sobre tu espalda
tu cabellera bravía,
tu cabellera de gualda:
despacio la tendería,
callado la besaría.

Por sobre la oreja fina
baja lujoso el cabello,
lo mismo que una cortina
que se levanta hacia el cuello.
La oreja es obra divina
de porcelana de China.

Mucho, señora, te diera
por desenredar el nudo
de tu roja cabellera
sobre tu cuello desnudo:
muy despacio la esparciera,
hilo por hilo la abriera

XLIV

Tiene el leopardo un abrigo
en su monte seco y pardo:
yo tengo más que el leopardo,
porque tengo un buen amigo.

Duerme, como en un juguete,
la mushma en su cojinete
de arce del Japón: yo digo:
«No hay cojín como un amigo».

Tiene el conde su abolengo:
tiene la aurora el mendigo:
tiene ala el ave: ¡yo tengo
allá en México un amigo!

Tiene el señor presidente
un jardín con una fuente,
y un tesoro en oro y trigo:
tengo más, tengo un amigo.

XLV

Sueño con claustros de mármol
donde en silencio divino
los héroes, de pie, reposan:
¡de noche, a la luz del alma,
hablo con ellos: de noche!
Están en fila: paseo
entre las filas: las manos
de piedra les beso: abren
los ojos de piedra: mueven
los labios de piedra: tiemblan
las barbas de piedra: empuñan
la espada de piedra: lloran:
¡vibra la espada en la vaina!
Mudo, les beso la mano.

Hablo con ellos, de noche!
Están en fila: paseo
entre las filas: lloroso
me abrazo a un mármol: «Oh mármol,
dicen que beben tus hijos
su propia sangre en las copas
venenosas de sus dueños!
¡Que hablan la lengua podrida
de sus rufianes! Que comen
juntos el pan del oprobio
en la mesa ensangrentada!
Que pierden en lengua inútil
el último fuego! ¡Dicen,
oh mármol, mármol dormido,
que ya se ha muerto tu raza!»

Echame en tierra de un bote
el héroe que abrazo: me ase
del cuello: barre la tierra
con mi cabeza: levanta
el brazo, ¡el brazo le luce
lo mismo que un sol!: resuena
la piedra: buscan el cinto
las manos blancas: del soclo
saltan los hombres de mármol!

XLVI

Vierte, corazón, tu pena
donde no se llegue a ver,
por soberbia, y por no ser
motivo de pena ajena.

Yo te quiero, verso amigo,
porque cuando siento el pecho
ya muy cargado y deshecho,
parto la carga contigo.

Tú me sufres, tú aposentas
en tu regazo amoroso,
todo mi amor doloroso,
todas mis ansias y afrentas.

Tú, porque yo pueda en calma
amar y hacer bien, consientes
en enturbiar tus corrientes
con cuanto me agobia el alma.

Tú, porque yo cruce fiero
la tierra, y sin odio, y puro,
te arrastras, pálido y duro,
mi amoroso compañero.

Mi vida así se encamina
al cielo limpia y serena,
y tú me cargas mi pena
con tu paciencia divina.

Y porque mi cruel costumbre
de echarme en ti te desvía
de tu dichosa armonía
y natural mansedumbre;

porque mis penas arrojó
sobre tu seno, y lo azotan,
y tu corriente alborotan,
y acá lívido, allá rojo,

blanco allá como la muerte,
ora arremetes y ruges,
ora con el peso cruje
de un dolor más que tú fuerte,

¿habré, como me aconseja
un corazón mal nacido,
de dejar en el olvido
a aquel que nunca me deja?

—Verso, nos hablan de un Dios
a donde van los difuntos:
verso, o nos condenan juntos,
o nos salvamos los dos!

Versos libres

(1882)

Mis versos

ESTOS son mis versos. Son como son. A nadie los pedí prestados. Mientras no pude encerrar íntegras mis visiones en una forma adecuada a ellas, dejé volar mis visiones: oh, cuánto áureo amigo que ya nunca ha vuelto! Pero la poesía tiene su honradez, y yo he querido siempre ser honrado. Recortar versos, también sé, pero no quiero. Así como cada hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje. Amo las sonoridades difíciles, el verso es ultrónico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava. El verso ha de ser como una espada reluciente, que deja a los espectadores la memoria de un guerrero que va ca-

mino al cielo, y al envainarla en el Sol, se rompe en alas.

Tajos son éstos de mis propias entrañas —mis guerreros.—Ninguno me ha salido recalentado, artificioso, recompuesto, de la mente; sino como las lágrimas salen de los ojos y la sangre sale a borbotones de la herida.

No surcí de éste y aquél, sino saqué en mí mismo. Van escritos, no en tinta de academia, sino en mi propia sangre. Lo que aquí doy a ver lo he visto antes (yo lo he visto, yo), y he visto mucho más, que huyó sin darme tiempo a que copiara sus rasgos.— De la extrañeza, singularidad, prisa, amontonamiento, arrebató de mis visiones, yo mismo tuve la culpa, que las he hecho surgir ante mí como las copio. De la copia yo soy el responsable. Hallé quebrados los vestidos, y otros no y usé de estos colores. Ya sé que no son usados. Amo las sonoridades difíciles y la sinceridad, aunque pueda parecer brutal.

Todo lo que han de decir, ya lo sé, y me lo tengo contestado. He querido ser leal, y si pequé, no me avergüenzo de haber pecado.

A mi alma

¡Llegada la hora del trabajo

¡Ea, jamelgo! De los montes de oro
baja, y de andar en prados bien olientes
y de aventar con los ligeros cascos
mures y viboreznos, y al sol rubio
mecer gentil las brilladoras crines!

¡Ea, jamelgo! Del camino oscuro
que va do no se sabe, ésta es posada.
y de pagar se tiene al hostelero!
Luego será la gorja, luego el llano,
luego el prado oloroso, el alto monte.
Hoy bájese el jamelgo, que le aguarda
cabé el duro ronzal la gruesa albarda.

Al buen Pedro

Dicen, buen Pedro, que de mí murmuras
porque tras mis orejas el cabello
en crespas ondas su caudal levanta.
¡Diles, bribón, que mientras tú en festines,
en rubios caldos y en fragantes pomas,
entre mancebas del astuto Norte,

de tus esclavos el sudor sangriento
torcido en oro descuidado bebes,
pensativo, febril, pálido, grave,
mi pan rebano en solitaria mesa
pidiendo ¡oh triste! al aire sordo modo
de libertar de su infortunio al siervo
y de tu infamia a ti! Y en esos lances,
suéleme, Pedro, en la apretada bolsa
faltar la monedilla que reclama
con sus húmedas manos el barbero.

Hierro

Ganado tengo el pan: hágase el verso,
y en su comercio dulce se ejercite
la mano, que cual prófugo perdido
entre oscuras malezas, o quien lleva
a rastra enorme peso, andaba ha poco
sumas hilando y revolviendo cifras.
Bardo, ¿consejo quieres? Pues descuelga
de la pálida espalda ensangrentada
el arpa dívea, acalla los sollozos
que a tu garganta como mar en furia
se agolparán, y en la madera rica
taja plumillas de escritorio y echa
las cuerdas rotas al movable viento.

Oh, alma! oh alma buena! mal oficio
tienes!: póstrate, calla, cede, lame
manos de potentado, ensalza, excusa
defectos, tenlos—que es mejor manera

de excusarlos—, y mansa y temerosa
vicios celebra, encumbra vanidades.
Verás entonces, alma, cuál se trueca
en plato de oro rico tu desnudo
plato de pobre!

 Pero guarda ¡oh alma!
que usan los hombres hoy oro empañado!
Ni de eso cures, que fabrican de oro
sus joyas el bribón y el barbilindo.
Las armas no,—las armas son de hierro!

Mi mal es rudo; la ciudad lo encoua;
lo alivia el campo inmenso. ¡Otro más vasto
lo aliviará mejor!—Y las oscuras
tardes me atraen, cual si mi patria fuera
la dilatada sombra.

 ¡Oh verso amigo,
muero de soledad, de amor me muero!
No de amor de mujer; estos amores
envenenan y ofuscan. No es hermosa
la fruta en la mujer, sino la estrella.
La tierra ha de ser luz, y todo vivo
debe en torno de sí dar lumbré de astro.
¡Oh, estas damas de muestra! Oh, estas copas
de carne! Oh, estas siervas ante el dueño
que las enjoya y estremece echadas!
¡Te digo, oh verso, que los dientes duelen
de comer de esta carne!

 Es de inefable
amor del que yo muero, del muy dulce
menester de llevar, como se lleva

un niño tierno en las cuidadosas manos,
cuanto de bello y triste ven mis ojos.

Del sueño, que las fuerzas no repara
sino de los dichosos, y a los tristes
el duro humor y la fatiga aumenta,
salto, al sol, como un ebrio. Con las manos
mi frente oprimo, y de los turbios ojos
brota raudal de lágrimas. ¡Y miro
el sol tan bello y mi desierta alcoba,
y mi virtud inútil, y las fuerzas
que cual tropel famélico de hirsutas
fieras saltan de mí buscando empleo;
y el aire hueco palpo, y en el muro
frío y desnudo el cuerpo vacilante
apoyo, y en el cráneo estremecido
en agonía flota el pensamiento,
cual leño de bajel despedazado
que el mar en furia a playa ardiente arroja!

¡Sólo las flores del paterno prado
tienen olor! ¡Sólo las ceibas patrias
del sol anuparan! Como en vaga nube
por suelo extraño se anda; las miradas
injurias nos parecen, y el Sol mismo,
más que en grato calor, enciende en ira!
¡No de voces queridas puebla el eco
los aires de otras tierras: y no vuelan
del arbolar espeso entre las ramas
los pálidos espíritus amados!
De carne viva y profanadas frutas
viven los hombres, ¡ay! mas el proscrito
de sus entrañas propias se alimenta!
¡Tiranos: desterrad a los que alcanzan

el honor de vuestro odio: ya son muertos!
Valiera más ¡oh bárbaros! que al punto
de arrebatarnos al hogar, hundiera
en lo más hondo de su pecho honrado
vuestro esbirro más cruel su hoja más dura!
Grato es morir; horrible vivir muerto.
Mas no! mas no! La dicha es una prenda
de compasión de la fortuna al triste
que no sabe domarla. A sus mejores
hijos desgracias da Naturaleza:
fecunda el hierro al llano, el golpe al hierro!

Nueva York, 4 de agosto.

Canto de otoño

Bien; ya lo sé! La Muerte está sentada
a mis umbrales; cautelosa viene,
porque sus llantos y su amor no apronten
en mi defensa, cuando lejos viven
padres e hijo. Al retornar ceñudo
de mi estéril labor, triste y oscura,
con que a mi casa del invierno abrigo,
de pie sobre las hojas amarillas,
en la mano fatal la flor del sueño,
la negra toca en alas rematada,
ávido el rostro, trémulo la miro
cada tarde aguardándome a mi puerta.
En mi hijo pienso, y de la dama oscura
huyo sin fuerzas, devorado el pecho
de un frenético amor! Mujer más bella

no hay que la Muerte! Por un beso suyo
bosques espesos de laureles varios,
y las adelfas del amor, y el gozo
de remembrarme mis niñeces diera!
... Pienso en aquel a quien mi amor culpable
trajo a vivir, y, sollozando, esquivo
de mi amada los brazos; mas ya gozo
de la aurora perenne el bien seguro.
Oh, vida, adiós! Quien va a morir, va muerto.

Oh, duelos con la sombra! Oh, pobladores
ocultos del espacio! Oh, formidables
gigantes que a los vivos azorados
mueven, dirigen, postran, precipitan!
Oh, cónclave de jueces, blandos sólo
a la virtud, que en nube tenebrosa,
en grueso manto de oro recogidos,
y duros como peña, aguardan torvos
a que al volver de la batalla rindan
—como el frutal sus frutos—
de sus obras de paz los hombres cuenta,
de sus divinas alas!... de los nuevos
árboles que sembraron, de las tristes
lágrimas que enjugaron, de las fosas
que a los tigres y víboras abrieron,
y de las fortalezas eminentes
que al amor de los hombres levantaron!
¡Esta es la dama, el rey, la patria, el premio
apetecido, la arrogante mora
que a su brusco señor cautiva espera
llorando en la desierta barbacana!
Este el santo Salem, éste el Sepulcro
de los hombres modernos. No se vierta
más sangre que la propia! No se bata

sino al que odie al amor! Unjanse presto
soldados del amor los hombres todos!
La tierra entera marcha a la conquista
de este rey y señor, que guarda el cielo!
... Viles! El que es traidor a sus deberes,
muere como un traidor, del golpe propio
de su arma ociosa el pecho atravesado!
Ved que no acaba el drama de la vida
en esta parte oscura! Ved que luego
tras la losa de mármol o la blanda
cortina de humo y césped se reanuda
el drama portentoso! y ved, oh viles,
que los buenos, los tristes, los burlados,
serán en la otra parte burladores!

Otros de lirio y sangre se alimenten.
Yo no! yo no! Los lóbregos espacios
rasgué desde mi infancia con los tristes
penetradores ojos: el misterio
en un hora feliz de sueño acaso
de los jueces así, y amé la vida
porque del doloroso mal me salva
de volverla a vivir. Alegrementemente
el peso eché del infortunio al hombro:
porque el que en huelga y regocijo vive
y huye el dolor, y esquiva las sabrosas
penas de la virtud, irá confuso
del frío y torvo juez a la sentencia,
cual soldado cobarde que en herrumbre
dejó las nobles armas; y los jueces
no en su dosel le ampararán, no en brazos
lo encumbrarán, mas lo echarán altivos
a odiar, a amar y batallar de nuevo

en la fogosa sofocante arena!
Oh! qué mortal que se asomó a la vida
vivir de nuevo quiere?...

Puede ansiosa
la Muerte, pues, de pie en las hojas secas,
esperarme a mi umbral con cada turbia
tarde de Otoño, y silenciosa puede
irme tejiendo con helados copos
mi manto funeral.

No dí al olvido
las armas del amor: no de otra púrpura
vestí que de mi sangre. Abre los brazos,
listo estoy, madre Muerte: al juez me lleva!

Hijo!... Qué imagen miro? qué llorosa
visión rompe la sombra, y blandamente
como con luz de estrella la ilumina?
Hijo!... qué me demandan tus abiertos
brazos? A qué descubres tu afligido
pecho? Por qué me muestras tus desnudos
pies, aún no heridos, y las blancas manos
vuelves a mí, tristísimo gimiendo?...
Cesa! calla! reposa! vive! El padre
no ha de morir hasta que a la ardua lucha
rico de todas armas lance al hijo!
Ven, oh mi hijuelo, y que tus alas blancas
de los abrazos de la Muerte oscura
y de su manto funeral me libren!

Nueva York. 1888.

Copa ciclopea

El Sol alumbra: ya en los aires miro
la copa amarga: ya mis labios tiemblan.
No de temor, que prostituye; de ira!...
El Universo, en las mañanas alza
medio dormido aún de un dulce sueño
en las manos la Tierra perezosa,
copa inmortal, en donde
hierven al Sol las fuerzas de la vida!
Al niño triscador, al venturoso
de alma tibia y mediocre, a la fragante
mujer que con los ojos desmayados
abrirse ve en el aire extrañas rosas,
iris la Tierra es, roto en colores,
raudal que juvenece y rueda limpio
por perfumado llano, y al retozo
y al desmayo después plácido brinda!
Y para mí, porque a los hombres amo
y mi gusto y mi bien terco descuido,
la Tierra melancólica aparece
sobre mi frente que la vida bate,
de lúgubre color inmenso yugo!
Y, con los labios apretados, muero.

Pomona

Oh, ritmo de la carne, oh melodía,
oh licor vigorante, oh filtro dulce
de la hechicera forma! No hay milagro
en el cuento de Lázaro, si Cristo
llevó a su tumba una mujer hermosa!

¿Qué soy, quién es, sino Mennom en donde
toda la luz del Universo canta,
y cauce humilde en el que van revueltas,
las eternas corrientes de la vida?
Iba, como arroyuelo que cansado
de regar plantas ásperas fenece,
y, de amor por el noble Sol, transido,
a su fuego con gozo se evapora:
iba, cual jarra que el licor ligero
en el fermento rompe,
y en silenciosos hilos abandona:
iba, cual gladiador que sin combate
del incólume escudo ampara el rostro
y el cuerpo rinde en la ignorada arena.
... Y súbito, las fuerzas juveniles
de un nuevo mar, el pecho rebosante
hinchán y embargan, el cansado brío
arde otra vez, y puebla el aire sano
música suave y blando olor de mieles!
Porque a mis ojos los fragantes brazos
en armónico gesto alzó Pomona.

Media noche

Oh, qué vergüenza! El Sol ha iluminado
la Tierra; el amplio mar en sus entrañas
nuevas columnas a sus naves rojas
ha levantado; el monte, granos nuevos
juntó en el curso del solemne día
a sus jaspes y breñas; en el vientre
de las aves y bestias nuevos hijos
vida, que es forma, cobran; en las ramas
las frutas de los árboles maduran;
y yo, mozo de gleba, he puesto sólo,
mientras que el mundo gigantesco crece,
mi jornal en las ollas de la casa!

Por Dios, que soy un vil! No en vano el sueño
a mis pálidos ojos es negado!
No en vano por las calles titubeo
ebrio de un vino amargo, cual quien busca
fosa ignorada donde hundirse, y nadie
su crimen grande y su ignominia sepa!
No en vano el corazón me tiembla ansioso
como el pecho sin calma de un malvado!

El cielo, el cielo, con sus ojos de oro
me mira, y ve mi cobardía, y lanza
mi cuerpo fugitivo por la sombra
como quien loco y desolado huye
de un vigilante que en sí mismo lleva!
¡La Tierra es soledad! ¡La luz se enfía!
¿Adónde iré que este volcán se apague?
¿Adónde iré que el vigilante duerma?

Oh, sed de amor! Oh, corazón prendado
de cuanto vivo el Universo habita:
del gusanillo verde en que se trueca
la hoja del árbol; del rizado jaspe
en que las ondas de la mar se cuajan;
de los árboles presos, que a los ojos
me sacan siempre lágrimas; del lindo
bribón gentil que con los pies desnudos
en fango y nieve, diario o flor pregona.

Oh, corazón, que en el carnal vestido
no hierros de hacer oro, ni belfudos
labios glotonos y sensuosos mira,
sino corazas de batalla, y hornos
donde la vida universal fermenta.

Y yo, pobre de mí!, preso en mi jaula,
la gran batalla de los hombres miro!

Homagno

Homagno sin ventura
la hirsuta y retostada cabellera
con sus pálidas manos se mesaba.
«Máscara soy, mentira soy, decía;
estas carnes y formas, estas barbas
y rostro, estas memorias de la bestia,
que como silla a lomo de caballo
sobre el alma oprimida echan y ajustan,
por el rayo de luz que el alma mía
en la sombra entrevé,—¡no son Homagno!

Mis ojos sólo, los mis caros ojos,
que me revelan mi disfraz, son míos.

Queman, me queman, nunca duermen, oran,
y en mi rostro los siento y en el cielo,
y le cuentan de mí, y a mí dél cuentan.
¿Por qué, por qué, para cargar en ellos
un grano ruin de alpiste mal trojado
talló el Creador mis colosales hombros?
Ando, pregunto, ruinas y cimientos
vuelco y sacudo; a sorbos delirantes
en la Creación, la madre de mil pechos,
las fuentes todas de la vida aspiro.

Con demencia amorosa su invisible
cabeza con las secas manos mías
acaricio y destrenzo; por la tierra
me tiendo compungido, y los confusos
pies, con mi llanto baño y con mis besos,
y en medio de la noche, palpitante,
con mis voraces ojos en el cráneo
y en sus órbitas anchas encendidos,
trémulo, en mí plegado, hambriento espero,
por sí al próximo sol respuestas vienen.
Y a cada nueva luz, de igual enjuto
modo y ruin, la vida me aparece,
como gota de leche que en cansado
pezón, al terco ordeño, titubea,
como carga de hormiga, como taza
de agua añeja en la jaula de un jilguero.
De mordidas y rotas, ramos de uvas
estrujadas y negras, las ardientes
manos del triste Homagno parecían!

Y la tierra en silencio, y una hermosa
voz de mi corazón, me contestaron.

Yugo y estrella

Cuando nací, sin sol, mi madre dijo:
«Flor de mi seno, Homagno generoso,
de mí y de la Creación suma y reflejo,
pez que en ave y corcel y hombre se torna,
mira estas dos, que con dolor te brindo,
insignias de la vida: ve y escoge.
Este, es un yugo: quien lo acepta, goza.
Hace de manso buey, y como presta
servicio a los señores, duerme en paja
caliente, y tiene rica y ancha avena.
Esta, oh misterio que de mí naciste
cual la cumbre nació de la montaña,
esta, que alumbra y mata, es una estrella.
Como que riega luz, los pecadores
huyen de quien la lleva, y en la vida,
cual un monstruo de crímenes cargado,
todo el que lleva luz se queda solo.
Pero el hombre que al buey sin pena imita,
buey torna a ser, y en apagado bruto
la escala universal de nuevo empieza.
El que la estrella sin temor se ciñe,
como que crea, crece!

Cuando al mundo
de su copa el licor vació ya el vivo;
cuando, para manjar de la sangrienta
fiesta humana, sacó contento y grave
su propio corazón, cuando a los vientos
de Norte y Sur virtió su voz sagrada,
la estrella como un manto, en luz lo envuelve,

se enciende, como a fiesta, el aire claro,
y el vivo que a vivir no tuvo miedo,
se oye que un paso más sube en la sombra!»

— Dame el yugo, oh mi madre, de manera
que puesto en él de pie, luzca en mi frente
mejor la estrella que ilumina y mata.

Aguila blanca

De pie, cada mañana,
junto a mi áspero lecho está el verdugo.
Brilla el Sol, nace el mundo, el aire ahuyenta
del cráneo la malicia,
y mi águila infeliz, mi águila blanca,
que cada noche en mi alma se renueva,
al alba universal las alas tiende
y, camino del Sol, emprende el vuelo.

. 1

Y en vez del claro vuelo al Sol altivo
por entre pies ensangrentada y rota,
de un grano en busca el águila rastrea.

Oh noche, sol del triste, amable seno
donde su fuerza el corazón revive,
perdura, apaga el Sol, toma la forma

¹ Se ha optado por poner puntos suspensivos donde el poeta había dejado claros, ya de versos, ya de algunas palabras, con la intención evidente de llenarlos después.—(N. del señor *Quisada*).

de mujer libre y pura, a que yo pueda
ungir tus pies, y con mis besos locos
ceñir tu frente y calentar tus manos.
Líbrame, eterna noche, del verdugo,
o dale o que me dé con la primera
alba una limpia y redentora espada.
¿Que con qué la has de hacer? ¡Con luz de estrellas!

Amor de ciudad grande

De gorja son y rapidez los tiempos.
Corre cual luz la voz; en alta aguja,
cual nave despeñada en sirte horrenda,
húndese el rayo, y en ligera barca
el hombre, como alado, el aire hiende.
¡Así el amor, sin pompa ni misterio
muere, apenas nacido, de saciado!
Jaula es la villa de palomas muertas
y ávidos cazadores! Si los pechos
se rompen de los hombres, y las carnes
rotas por tierra ruedan, no han de verse
dentro más que frutillas estrujadas!

Se ama de pie, en las calles, entre el polvo
de los salones y las plazas; muere
la flor el día en que nace. Aquella virgen
trémula que antes a la muerte daba
la mano pura que a ignorado mozo;
el goce de temer; aquel salirse
del pecho el corazón; el inefable

placer de merecer; el grato susto
de caminar de prisa en derechura
del hogar de la amada, y a sus puertas
como un niño feliz romper en llanto;
y aquel mirar, de nuestro amor al fuego,
irse tiñendo de color las rosas,
ea, que son patrañas! Pues ¿quién tiene
tiempo de ser hidalgo? ¡Bien que sienta,
cual áureo vaso o lienzo suntuoso,
dama gentil en casa de magnate!
O si se tiene sed, se alarga el brazo
y a la copa que pasa se la apura!
Luego, la copa turbia al polvo rueda,
y el hábil catador—manchado el pecho
de una sangre invisible—sigue alegre
coronado de mirtos, su camino!
No son los cuerpos ya sino desechos,
y fosas, y girones! Y las almas
no son como en el árbol fruta rica
en cuya blanda piel la almíbar dulce
en su sazón de madurez rebosa,
sino fruta de plaza que a brutales
golpes el rudo labrador madura!

¡La edad es ésta de los labios secos!
De las noches sin sueño! ¡De la vida
estrujada en agraz! ¿Qué es lo que falta
que la ventura falta? Como liebre
azorada, el espíritu se esconde,
trémulo huyendo al cazador que ríe,
cual en soto selvoso, en nuestro pecho;
y el deseo, de brazo de la fiebre,
cual rico cazador recorre el soto.

¡Me espanta la ciudad! Toda está llena
de copas por vaciar, o huecas copas!
¡Tengo miedo ¡ay de mí! de que este vino
tósigo sea, y en mis venas luego
cual duende vengador los dientes clave!
¡Tengo sed; mas de un vino que en la tierra
no se sabe beber! ¡No he padecido
bastante aún, para romper el muro
que me aparta ¡oh dolor! de mi viñedo!
¡Tomad vosotros, catadores ruines
de vinillos humanos, esos vasos
donde el jugo de lirio a grandes sorbos
sin compasión y sin temor se bebe!
Tomad! Yo soy honrado, y tengo miedo!

New York, abril de 1882.

Mujeres

III

Bien duerma, bien despierte, bien recline,
—aunque no lo reclino—bien de hinojos,
ante un niño que juega el cuerpo doble,
que no se dobla a viles ni a tiranos,
siento que siempre estoy en pie. Si suelo,
cual del niño en los rizos suele el aire
benigno, en los piadosos labios tristes
dejar que vuela una sonrisa, es cierto
que así, sépalo el mozo, así sonríen

cuantos nobles y crédulos buscaron
el sol eterno en la belleza humana.
Sólo hay un vaso que la sed apague
de hermosura y amor: Naturaleza
abrazos deleitosos, hibleos besos
a sus amantes pródiga regala.

Crin hirsuta

¿Que como crin hirsuta de espantado
caballo que en los troncos secos mira
garras y dientes de tremendo lobo,
mi destrozado verso se levanta...?
Sí, pero ¡se levanta! A la manera,
como cuando el puñal se hunde en el cuello
de la res, sube al cielo hilo de sangre.
Sólo el amor engendra melodías.

A los espacios...

A los espacios entregarme quiero
donde se vive en paz y con un manto
de luz, en gozo embriagador henchido,
sobre las nubes blancas se pasea,
y donde Dante y las estrellas viven.
Yo sé, yo sé, porque lo tengo visto
en ciertas horas puras, cómo rompe
su cáliz una flor, y no es diverso

del modo, no, con que lo quiebra el alma.
Escuchad y os diré:—viene de pronto
como una aurora inesperada, y como
a la primera luz de primavera
de flor se cubren las amables lilas...
Triste de mí! contároslo quería,
y en espera del verso, las grandiosas
imágenes en fila ante mis ojos
como águilas alegres ví sentadas.
Pero las voces de los hombres echan
de junto a mí las nobles aves de oro.
Ya se van, ya se van. Ved cómo rueda
la sangre de mi herida.
Si me pedís un símbolo del mundo
en estos tiempos, vedlo: un ala rota.
Se labra mucho el oro. El alma apenas!
Ved cómo sufro. Vive el alma mía
cual cierva en una cueva acorralada.
Oh, no está bien; me vengaré, llorando!

Pórtico

Frente a casas ruines, en los mismos
sacros lugares donde Franklin bueno
citó al rayo y lo ató, por entre trancos
muros, cerros de piedra, boqueantes
fosos, y los cimientos asomados
como dientes que nacen a una encía,
un pórtico gigante se elevaba.

Rondaba cerca de él la muchedumbre
..... que siempre en torno
de las fábricas nuevas se congrega.
Cuál, que ésta es siempre distinción de necios,
absorto ante el tamaño; piedra el otro
que no penetra el Sol, y cuál en ira
de que fuera mayor que su estatura.
Entre el tosco andamiaje, y las nacientes
paredes, aquel pórtico,
en un cráneo sin tope parecía
un labio enorme, lívido e hinchado.
Ruedas y hombres el aire sometieron;
trepaban en la sombra; más arriba
fueron que las iglesias; de las nubes
la fábrica magnífica colgaron.
Y en medio entonces de los altos muros
se vió el pórtico en toda su hermosura.

Poeta ¹

Como nacen las palmas en la arena
y la rosa en la orilla al mar salobre,
así de mi dolor mis versos surgen
convulsos, encendidos, perfumados.
Tal en los mares sobre el agua verde,
la vela hendida, el mástil trunco, abierto

¹ Sin título en el original. y. más que de otros. dudamos si será éste el que le corresponde. Lo mismo decimos de la que hemos titulado «Noche de mayo». — (N. del señor Quesada).

a las ávidas olas el costado,
después de la batalla fragorosa
con los vientos, el buque sigue andando.

¡Horror, horror! En tierra y mar no había
mas que crujidos, furia, niebla y lágrimas!
Los montes, desgajados sobre el llano
rodaban; las llanuras, mares turbios,
en desbordados ríos convertidas,
vacían en los mares; un gran pueblo
del mar cabido hubiera en cada arruga;
estaban en el cielo las estrellas
apagadas; los vientos en jirones
revueltos en la sombra, huían, se abrían,
al chocar entre sí, y se despeñaban;
en los montes del aire resonaban
rodando con estrépito; en las nubes
los astros locos se arrojaban llamas!

Rió luego el Sol; en tierra y mar lucía
una tranquila claridad de boda.
¡Fecunda y purifica la tormenta!
Del aire azul colgaban ya, prendidos
cual gigantescos tules, los rasgados
mantos de los crespudos vientos, rotos
en el fragor sublime. Siempre quedan
por un buen tiempo luego de la cura
los bordes de la herida sonrosados!
Y el barco, como un niño, con las olas
jugaba, se mecía, travesaba.

Arbol de mi alma

Como un ave que cruza el aire claro,
siento hacia mí venir tu pensamiento
y acá en mi corazón hacer su nido.
Abrese el alma en flor; tiemblan sus ramas
como los labios frescos de un mancebo
en su primer abrazo a una hermosura;
cuchichean las hojas; tal parecen
lenguaraces obreras y envidiosas,
a la doncella de la casa rica
en preparar el tálamo ocupadas.
Ancho es mi corazón, y es todo tuyo.
Todo lo triste cabe en él, y todo
cuanto en el mundo llora, y sufre, y muere!
De hojas secas, y polvo, y derraídas
ramas lo limpio; bruño con cuidado
cada hoja, y los tallos; de las flores
los gusanos y el pétalo comido
separo; oreo el césped en contorno
y a recibirte, oh pájaro sin mancha,
apresto el corazón enajenado!

Noche de mayo

Con un astro la tierra se ilumina;
con el perfume de una flor se llenan
los ámbitos inmensos. Como vaga,
misteriosa envoltura, una luz tenue

naturaleza encubre, y una imagen
misma del linde en que se acaba brota
entre el humano batallar. ¡Silencio!
En el color, oscuridad! Enciende
el Sol al pueblo bullicioso y brilla
la blanca luz de luna! Y en los ojos
la imagen va, porque si fuera buscan
del vaso herido la admirable esencia,
en haz de aromas a los ojos surge;
y si al peso del párpado obedecen,
como flor que al plegar las alas pliega
consigo su perfume, en el solemne
templo interior como lamento triste
la pálida figura se levanta!
Divino oficio! El Universo entero,
su forma sin perder, cobra la forma
de la mujer amada, y el esposo
ausente, el cielo póstumo adivina
por el casto dolor purificado.

Luz de luna

Esplendía su rostro; por los hombros
rubias guedejas le colgaban; era
una caricia su sonrisa; era
ciego de nacimiento. Parecía
que veía. Tras los párpados callados
como un lago tranquilo, el alma exenta
del horror que el mundo ven los ojos,
sus apacibles aguas deslizaba:
tras los párpados blancos se veían

aves de plata, estrellas voladoras,
en unas grutas pálidas los besos
risueños disputándose la entrada,
y en el dorso de cisnes navegando
del ciego aquel ¹ los pensamientos puros.

Como una rama en flor, al sosegado
río silvestre que hacia el mar camina,
una afable mujer se asomó al ciego.
Tembló, encendióse, se cubrió de rosas,
y las pálidas manos del amante
besó cien veces, y llenó con ellas.
En la misma guirnalda entrelazados
pasan los dos la generosa vida.
Tan grandes son las flores, que a su sombra
suelen dormir la prolongada siesta.

Cual quien enfrena a un potro que husmeando
campo y batalla, en el portal sujeto
mira, como quien muerde, al amo duro,
así, rebelde a veces, tras sus ojos
el pobre ciego el alma sujetaba.
—Oh, si vieras! (los necios le decían
que no han visto en sus almas) oh, si vieras
cuando sobre los trigos quemados,
su ejército de rayos el Sol lanza,
cómo chispean, cómo relucen, cómo,
asta al aire, el hinchado campamento
los cascos mueve y el plumón lustrosos!
Si vieras cómo el mar, roto y negruzco

¹ En el original está la palabra «fiel», entre rayas perpendiculares. como para ser sustituida por otra. Nos hemos permitido hacer la sustitución. — *N. del señor Quesada.*

vuelca al barco infeliz, y encumbra al fuerte;
si vieses, infeliz, cómo la Tierra
cuando la Luna llena la ilumina,
desposada parece que en los aires
buscando va, con planta perezosa,
la casa florecida de su amado!
—Ha de ser, ha de ser como quien toca
la cabeza de un niño!

—Calla, ciego.

Es como asir en una flor la vida.

De súbito vió el ciego.—Esta que esplende,
dijéronle, es la Luna. Mira, mira
qué mar de luz! Abismos, ruinas, cuevas,
todo por ella casto y blando luce
como de noche el pecho de las tórtolas!
—¿Nada más?—dijo el ciego y retornando
a su amada celosa los ya abiertos
ojos, besóle la temblante mano
humildemente, y dijole:—No es nueva,
para el que sabe amar, la luz de luna.

Flor de hielo

Al saber que era muerto Manuel Ocaranza

¡Mírala! ¡Es negra! ¡Es torva! Su tremenda
hambre la azuza. Son sus dientes hoces;
antro su fauce; secadores vientos
sus hálitos; su paso, ola que traga
huertos y selvas; sus manjares, hombres.

Viene! escondeos, oh, caros amigos,
hijo del corazón, padres muy caros!
Do asoma, quema; es sorda, es ciega:—El hambre
ciega el alma y los ojos. Es terrible
el hambre de la Muerte!

No es ahora

la generosa, la clemente amiga
que el muro rompe al alma prisionera
y le abre el claro cielo fortunado;
no es la dulce, la plácida, la pía
redentora de tristes, que del cuerpo,
como de huerto abandonado, toma
el alma adolorida, y en más alto
jardín la deja, donde blanda luna
perpetuamente brilla, y crecen sólo
en vástagos en flor blancos rosales;
no la esposa evocada; no la eterna
madre invisible, que los anchos brazos,
sentada en todo el ámbito solemne,
abre a sus hijos, que la vida agosta,
y a reposar y a reparar sus bríos
para el fragor y la batalla nueva
sus cabezas igníferas reclina
en su puro y jovial seno de aurora.

No; aun a la diestra del Señor sublime
que envuelto en nubes, con sonora planta
sobre cielos y cúspides pasea;
aun en los bordes de la copa dívea
en colosal montaña trabajada
por tallador cuyas tudentes manos
hechas al rayo y trueno fragorosos
como barro sutil la roca herían;
aun a los lindes del gigante vaso

donde se bebe al fin la paz eterna,
el mal, como un insecto, sus oscuros
anillos mueve y sus antenas clava,
artero, en los sedientos bebedores!

Sierva es la Muerte: sierva del callado
Señor de toda vida: salvadora
oculta de los hombres! Mas el ígneo
dueño a sus siervos implacable ordena
que hasta rendir el postrimer aliento,
a la sombra feliz del mirto de oro,
el bien y el mal el seno les combatan;
y sólo las eternas rosas ciñe
al que a sus mismos ojos el mal torvo
en batalla final convulso postra.
Y pío entonces en la seca frente
da aquel, en cuyo seno poderoso
no hay muerte ni dolor, un largo beso.
Y en la Muerte gentil, la Muerte misma,
lidian el bien y el mal...! Oh dueño rudo
a rebelión y a admiración me mueve
este misterio de dolor, que pena
la culpa de vivir, que es culpa tuya,
con el dolor tenaz, martirio nuestro!
¿Es tu seno quizá tal hermosura
y el placer de domar la interna fiera
gozo tan vivo, que el martirio mismo
es precio pobre a la final delicia?
¡Hora tremenda y criminal, oh Muerte
aquella en que tu seno generoso
el hambre ardió, y en el ilustre amigo
seca posaste la tajante mano!
No es, no, de tales víctimas tu empresa

poblar la sombra! De cansados ruines,
de ancianos laxos, de guerreros flojos
es tu oficio poblarla, y en tu seno
rehacer al viejo la gastada vida
y al soldado sin fuerzas la armadura.
Mas el taller de los creadores sea,
oh Muerte! de tus hambres reservado!
Hurto lia sido; tal hurto, que en la sola
casa, su pueblo entero los cabellos
mesa, y su triste amigo solitario
con gestos grandes de dolor sacude,
por él clamando, la callada sombra!
Dime, torpe hurtadora, dí el oscuro
monte donde tu recia culpa amparas;
y donde con la seca selva en torno,
cual cabellera de tu cráneo hueco,
en lo profundo de la tierra escondes
tu generosa víctima! Dí al punto
el antro, y a sus puertas con el pomo
llamaré de mi espada vengadora!
Mas, ay! Que a do me vuelvo? Qué soldado
a seguirme vendrá? Capua es la tierra,
y de orto a ocaso, y a los cuatro vientos!
No hay más, no hay más que infames descrtores,
de pie sobre sus armas enmohecidas
en rellenar sus arcas afanados.

No de mármol son ya, ni son de oro,
ni de piedra tenaz o hierro duro
los divinos magníficos humanos.
De algo más torpe son: jaulas de carne
son hoy los hombres, de los vientos crueles
por mantos de oro y púrpura amparados,

y de la jaula en lo interior, un negro
insecto de ojos ávidos y boca
ancha y febril, retoza, come, ríe!
Muerte! el crimen fué bueno: guarda, guarda
en la tierra inmortal tu presa noble!

Otros versos

A mis hermanos
muertos el 27 de noviembre¹

Cadáveres amados los que un día
ensueños fuisteis de la patria mía,
¡arrojad, arrojad sobre mi frente
polvo de vuestros huesos carcomidos!
¡Tocad mi corazón con vuestras manos!
¡Gemid a mis oídos!
¡Cada uno ha de ser de mis gemidos
lágrimas de uno más de los tiranos!
¡Andad a mi redor; vagad en tanto
que mi ser vuestro espíritu recibe,
y dadme de las tumbas el espanto,
que es poco ya para llorar el llanto
cuando en infame esclavitud se vive!

* *

Y tú, Muerte, hermana del martirio,
amada misteriosa
del genio y del delirio,

¹ Los estudiantes de medicina fusilados en la Habana en 1872.

mi mano estrecha, y siéntate a mi lado;
¡os amaba viviendo, mas sin ella
no os hubiera tal vez idolatrado!

* *

En lecho ajeno y en extraña tierra
la fiebre y el delirio devoraban
mi cuerpo, si vencido, no cansado
y de la patria gloria enamorado.
¡El brazo de un hermano recibía
mi férvida cabeza,
y era un eterno, inacabable día,
de sombras y letargos y tristeza!

* *

De pronto vino, pálido el semblante,
con la tremenda palidez soubría
del que ha aprendido a odiar en un instante,
un amigo leal, antes partido
a buscar nuevas vuestras decidido.
La expresión de la faz callada y dura,
los negros ojos al mirar inciertos,
algo como de horror y de pavora,
la boca contraída de amargura,
los surcos de dolor recién abiertos,
mi afán y mi ansiedad precipitaron.
—¿Y ellos? ¿Y ellos? mis labios preguntaron:
—¡Muertos! me dijo: ¡muertos!
Y en llanto amargo prorrumpió mi hermano,
y se abrazó llorando con mi amigo,
y yo mi cuerpo alcé sobre una mano,
viví en infierno bárbaro un instante,
y amé, y enloquecí, y os ví, y deshecho

en iras y en dolor, odié al tirano,
y sentí tal poder y fuerza tanta,
que el corazón se me salió del pecho,
y lo exhalé en un ¡ay! por la garganta!

* *

Y víme luego en el ajeno lecho,
y en la prestada casa, y en sombría
tarde que no es la tarde que yo amaba.
¡Y quise respirar, y parecía
que un aire ensangrentado respiraba!
Vertiendo sin consuelo
ese llanto que llora al patrio suelo,
lágrimas que después de ser lloradas
nos dejan en el rostro señaladas
las huellas de una edad de sombra y duelo,
mi hermano, cuidadoso,
vino a darme la calma, generoso.
Una lágrima suya,
gruesa, pesada, ardiente,
cayó en mi faz; y así, cual si cayera
sangre de vuestros cuerpos mutilados
sobre mi herido pecho, y de repente
en sangre mi razón se oscureciera,
odié, rugí, luché; de vuestras vidas
rescate halló mi indómita fiereza...
¡Y entonces recordé que era impotente!
¡Cruzó la tempestad por mi cabeza
y hundí en mis manos mi cobarde frente!

* *

Y luché con mis lágrimas, que hervían
en mi pecho agitado, y batallaban
con estrépito fiero,
pugnando todas por salir primero;
y así como la tierra estremecida
se siente en sus entrañas removida,
y revienta la cumbre calcinada
del volcán a la horrenda sacudida,
así el volcán de mi dolor, rugiendo,
se abrió a la par en abrasados ríos,
que en rápido correr se abalanzaron,
y que las iras de los ojos míos
por mis mejillas pálidas y secas
en tumulto y tropel precipitaron.

* *

Lloré, lloré de espanto y amargura:
cuando el amor o el entusiasmo llora,
se siente a Dios, y se idolatra, y se ora.
¡Cuando se llora como yo, se jura!

* *

¡Y yo juré! Fué tal un juramento,
¡que si el fervor patriótico muriera,
si Dios puede morir, nuevo surgiera
al soplo arrebatado de su aliento!
¡Tal fué, que si el honor y la venganza
y la indomable furia
perdieran su poder y su pujanza;
y el odio se extinguiese, y de la injuria
los recuerdos ardientes se extraviaran,
de mi fiera promesa surgirían,
y con nuevo poder se levantarán,
e indómita pujanza cobrarían!

* *

Sobre un montón de cuerpos desgarrados
una legión de hienas desatada,
y rápida y hambrienta,
y de seres humanos avarienta,
la sangre bebe y a los muertos mata.

Hundiendo en el cadáver
sus garras cortadoras,
sepulta en las entrañas destrozadas
la asquerosa cabeza; dentro del pecho
los dientes hinca agudos, y con ciego
horrible movimiento se menea,
y despidiendo de los ojos fuego,
radiante de pavor, levanta luego
la cabeza y el cuello en sangre tintos;
al uno y otro lado,
sus miradas estúpidas pasea,
y de placer se encorva, y ruge, y salta,
y respirando el aire ensangrentado,
con bárbara delicia se recrea.

¡Así sobre vosotros
—cadáveres vivientes,
esclavos tristes de malvadas gentes—,
las hienas en legión se desataron,
y en respirar la sangre enrojecida
con bárbara fruición se recrearon!

* *

Y así como la hiena desaparece
entre el montón de muertos,
y al cabo de un instante reaparece
ebria de gozo, en sangre reteñida,

y semeja que crece,
 y muerde, y ruga, y rápida desgarrar,
 y salta, y hunde la profunda garra
 en un cráneo saliente,
 y, al fin, allí se para triunfadora,
 rey del infierno en solio omnipotente,
 así sobre tus restos mutilados,
 así sobre los cráneos de tus hijos,
 ¡hecatombe inmortal, puso sedienta,
 despiadada legión garra sangrienta!
 ¡Así con contemplarte se recrea!
 ¡Así a la patria gloria te arrebató!
 ¡Así ruga, así goza, así te mata!
 ¡Así se ceba en ti! ¡Maldita sea!

* *

Pero, ¿cómo mi espíritu exaltado,
 y del horror en alas levantado,
 súbito siente bienhechor consuelo?
 ¿Por qué espléndida luz se ha disipado
 la sombra infausta de tan negro duelo?
 Ni ¿qué divina mano me contiene,
 y sobre la cabeza del infame
 mi vengadora cólera detiene?...

* *

¡Campa! ¡Bermúdez! ¡Alvarez! Son ellos,
 pálido el rostro, plácido el semblante;
 ¡horadadas las mismas vestiduras
 por los feroces dientes de la hiena!
 ¡Ellos los que detienen mi justicia!
 ¡Ellos los que perdonan a la fiera!
 ¡Dejadme ¡oh gloria! que a mi vida arranque

cuanto del mundo mísero recibe!
¡Deja que vaya al mundo generoso,
donde la vida del perdón se vive!

* *

¡Ellos son! ¡Ellos son! Ellos me dicen
que mi furor colérico suspenda,
y me enseñan sus pechos traspasados,
y sus heridas con amor bendicen,
y sus cuerpos estrechan abrazados,
¡y favor por los déspotas imploran!
¡Y siento ya sus besos en mi frente,
y en mi rostro las lágrimas que lloran!

* *

¡Aquí están, aquí están! En torno mío
se mueven y se agitan...
—¡Perdón!

—¡Perdón!

—¿Perdón para el impío?

—¡Perdón! ¡Perdón!— me gritan,
¡y en un mundo de ser se precipitan!

* *

¡Oh gloria, infausta suerte,
si eso inmenso es morir, dadme la muerte!

* *

—¡Perdón!— Así dijeron
para los que en la tierra abandonada
sus restos esparcieron!
¡Llanto para vosotros los de Iberia,
hijos en la opresión y la venganza!

¡Perdón! ¡Perdón! esclavos de miseria!
¡Mártires que murieron, bienandanza!
La virgen sin honor del Occidente,
el removido suelo que os encubre
golpea desolada con la frente,
y al no hallar vuestros nombres en la tierra
que más honor y más mancilla encierra,
del vértigo fatal de la locura
horrible presa ya, su vestidura
rasga, y emprende la veloz carrera,
y, mesando su ruda cabellera,
—¡Oh—clama—pavorosa sombra oscura!
¡Un mármol les negué que los cubriera,
y un mundo tienen ya por sepultura!
¡Y más que un mundo, más! Cuando se muere
en brazos de la patria agradecida,
la muerte acaba, la prisión se rompe;
¡empieza, al fin, con el morir, la vida!

* *

¡Oh, más que un mundo, más! Cuando la gloria
a esta estrecha mansión nos arrebató,
el espíritu crece,
el cielo se abre, el mundo se dilata
y en medio de los mundos se amanece.

* *

¡Déspota, mira aquí cómo tu ciego
anhelo ansioso contra ti conspira:
mira tu afán y tu impotencia, y luego
ese cadáver que venciste mira,
que murió con un himno en la garganta,
que entre tus brazos mutilado expira

y en brazos de la gloria se levanta!
No vacile tu mano vengadora;
no te pare el que gime ni el que llora:
¡mata, déspota, mata!
¡Para el que muere a tu furor impío,
el cielo se abre, el mundo se dilata!

Madrid. 1872.

María ¹

Esa que ves, la del amor dormido
en la mirada espléndida y suave,
es un jazmín de Arabia comprimido
en voz de cielo y en contorno de ave.

La rubia Adela, en cuya trenza dora
su rayo el Sol, del brazo de María
copia es feliz de Ruth la espigadora
ciñendo el talle a la arrogante Lía.

Caricia—más que acento—su palabra,
si los jardines de su boca mueve,
temores da de que sus alas abra
y al Padre Cielo su alma blanca lleve.

Si en la fiesta teatral—corrido el velo—
desciende la revuelta escalinata,

¹ A la señorita María García Granada, «la niña de Guatemala» de los *Versos Sencillos*.

su pie semeja cisne pequeñuelo
que el seno muestra de luciente plata.

Siervo si sigue el tenue paso blando
de la bíblica virgen hechicera,
y leyes dicta, si, la frente alzando,
echa hacia atrás la negra cabellera.

Quisiera el bardo, cuando al sol la mece
colgarle al cuello esclavos los amores;
¡si se yergue de súbito, parece
que la tierra se va a cubrir de flores!

¡Oh! Cada vez que a la mujer hermosa
con fraternal amor habla el proscrito,
duerme soñando en la palmera airosa,
novia del Sol en el ardiente Egipto.

Guatemala, 1877.

Carmen

El infeliz que la manera ignore
de alzarse bien y caminar con brío,
de una virgen celeste se enamore
y arda en su pecho el esplendor del mío.

Beso, trabajo, entre sus brazos sueño
su hogar alzado por mi mano; envidio
su fuerza a Dios, y, vivo en él, desdeño
el torpe amor de Tíbulo y de Ovidio.

Es tan bella mi Carmen, es tan bella,
que si el cielo la atmósfera vacía
dejase de su luz, dice una estrella
que en el alma de Carmen la hallaría.

Y se acerca lo humano a lo divino
con semejanza tal cuando me besa,
que en brazos de un espacio me reclino
que en los confines de otro mundo cesa.

Tiene este amor las lánguidas blancuras
de un lirio de San Juan, y una insensata
potencia de creación, que en las alturas
mi fuerza mide y mi poder dilata.

Robusto amor, en sus entrañas lleva
el germen de la fuerza y el del fuego,
y griego en la beldad, odia y reprueba
la veste indigna del amor del griego.

Señora el alma de la ley terrena,
despierta, rima en noche solitaria
estos versos de amor; versos de pena
rimó otra vez, se irguió la pasionaria.

De amor al fin; aunque la noche llegue
a cerrar en sus pétalos la vida,
no hay miedo ya de que en la sombra plegue
su tallo audaz la pasionaria erguida.

Los zapaticos de rosa

Hay sol bueno y mar de espuma,
y arena fina, y Pilar
quiere salir a estrenar
su sombrero de pluma.

—«¡Vaya la niña divina!»
dice el padre, y le da un beso.

—«¡Vaya mi pájaro preso
a buscarme arena fina!»

—«Yo voy con mi niña hermosa»—
le dijo la madre buena.

«¡No te manches en la arena
los zapaticos de rosa!»

Fueron las dos al jardín
por la calle del laurel:
la madre cogió un clavel
y Pilar cogió un jazmín.

Ella va de todo juego,
con aro, balde y paleta.
El balde es color violeta;
el aro es color de fuego.

Vienen a verlas pasar:
nadie quiere verlas ir:
la madre se echa a reír,
y un viejo se echa a llorar.

El aire fresco despeina
a Pilar, que viene y va
muy oronda: «Dí, mamá:
¿tú sabes qué cosa es reina?»

Y por si vuelven de noche
de la orilla de la mar,
para la madre y Pilar
manda luego el padre el coche.

Está la playa muy linda:
todo el mundo está en la playa:
lleva espejuelos el aya
de la francesa Florinda.

Está Alberto, el militar
que salió en la procesión
con tricornio y con bastón,
echando un bote a la mar.

¡Y qué mala, Magdalena,
con tantas cintas y lazos,
a la muñeca sin brazos
enterrándola en la arena!

Conversan allá en las sillas,
sentadas con los señores,
las señoras, como flores,
debajo de las sombrillas.

Pero está con estos modos
tan serios, muy triste el mar:
¡lo alegre es allá, al doblar,
en la barranca de todos!

Dicen que suenan las olas
mejor allá en la barranca,
y que la arena es muy blanca
donde están las niñas solas.

Pilar corre a su mamá:
—«¡Mamá, yo voy a ser buena;
déjame ir sola a la arena:
allá, tú me ves, allá!»

—«¡Esta niña caprichosa!
No hay tarde que no me enojés:
anda, pero no te mojes
los zapaticos de rosa.»

Le llega a los pies la espuma:
gritan alegres las dos:
y se va, diciendo adiós,
la del sombrero de pluma.

¡Se va allá, donde ¡muy lejos!
las aguas son más salobres,
donde se sientan los pobres,
donde se sientan los viejos!

Se fué la niña a jugar,
la espuma blanca bajó,
y pasó el tiempo, y pasó
un águila por el mar.

Y cuando el Sol se ponía
detrás de un monte dorado,
un sombrero callado
por las arenas venía.

Trabaja mucho, trabaja
para andar; ¿qué es lo que tiene
Pilar, que anda así, que viene
con la cabecita baja?

Bien sabe la madre hermosa
por qué le cuesta el andar;
—«¿Y los zapatos, Pilar,
los zapaticos de rosa?

—«¡Ah, loca! ¿en dónde estarán?
¿Dí, dónde, Pilar!»—«Señora—
dice una mujer que llora—,
¡están conmigo: aquí están!»

«Yo tengo una niña enferma
que llora en el cuarto oscuro,
y la traigo al aire puro
a ver el Sol, y a que duerma.

«Anoche soñó, soñó
con el cielo, y oyó un canto:
me dió miedo, me dió espanto,
y la traje, y se durmió.

«Con sus dos brazos menudos
estaba como abrazando;
y yo mirando, mirando
sus piecitos desnudos.

«Me llegó al cuerpo la espuma,
alcé los ojos, y ví
esta niña frente a mí
con su sombrero de pluma.

«¡Se parece a los retratos
tu niña»—dijo—. ¿Es de cera?
¿Quiere jugar? ¡Si quisiera!...
¿Y por qué está sin zapatos?

—«Mira: ¡la mano le abrasa,
y tiene los pies tan fríos!
¡Oh, toma, toma los míos;
yo tengo más en mi casa!»

«No sé bien, señora hermosa,
lo que sucedió después:
¡le ví a mi hijita en los pies
los zapaticos de rosa!»

Se vió sacar los pañuelos
a una rusa y a una inglesa;
el aya de la francesa
se quitó los espejuelos.

Abrió la madre los brazos.
Se echó Pilar en su pecho,
y sacó el traje deshecho,
sin adornos y sin lazos.

Todo lo quiere saber
de la enferma la señora:
¡no quiere saber que llora
de pobreza una mujer!

—«¡Sí, Pilar, dáselo! ¡Y eso
también! ¡Tu manta! ¡Tu anillo!
Y ella le dió su bolsillo:
le dió el clavel, le dió un beso.

Vuelven calladas de noche
a su casa del jardín,
y Pilar va en el cojín
de la derecha del coche.

Y dice una mariposa
que vió desde su rosal
guardados en un cristal
los zapaticos de rosa.

Dos milagros

Iba un niño travieso
cazando mariposas;
las cazaba el bribón, les daba un beso,
y después las soltaba entre las rosas.

Por tierra, en un estero,
estaba un sicomoro;
le da un rayo de sol, y del madero
muerto, sale volando un ave de oro.

Los dos príncipes

Idea de la poetisa norteamericana Helen Hunt Jackson

I

El palacio está de luto
y en el trono llora el rey,
y la reina está llorando
donde no la puedan ver:
en pañuelos de olán fino
lloran la reina y el rey:

los señores del palacio,
están llorando también.
Los caballos llevan negro
el penacho y el arnés;
los caballos no han comido,
porque no quieren comer:
el laurel del patio grande
quedó sin hoja esta vez:
todo el mundo fué al entierro
con coronas de laurel.
—¡El hijo del rey se ha muerto!
¡Se le ha muerto el hijo al rey!

II

En los álamos del monte
tiene su casa el pastor;
la pastora está diciendo:
«¿Por qué tiene luz el sol?»
Las ovejas, cabizbajas,
vienen todas al portón:
¡una caja larga y honda
está forrando el pastor!
Entra y sale un perro triste;
canta allá dentro una voz:
“¡Pajarito, yo estoy loca,
llevadme donde él voló!”
El pastor coge llorando
la pala y el azadón:
abre en la tierra una fosa;
echa en la fosa una flor.
—¡Se quedó el pastor sin hijo!
¡Murió el hijo del pastor!

XIII ¹

Por donde abunda la malva
y da el camino un rodeo,
iba un ángel de paseo
con una cabeza calva.

Del castañar por la zona
la pareja se perdía:
la calva resplandecía
lo mismo que una corona.

Sonaba el hacha en lo espeso,
y cruzó un ave volando:
pero no se sabe cuándo
se dieron el primer beso.

Era rubio el ángel; era
el de la calva radiosa,
como el tronco a que amorosa
se prende la enredadera.

¹ Esta pieza es de los *Versos sencillos*. Por un descuido mío no quedó en el sitio que le corresponde.—*N. del D.*

Fragmentos de un estudio ¹

TODOS sabemos que José Martí era un gran poeta en prosa. Su labor oratoria y periodística se diría poemática, pues el asunto más árido aparecía decorado con la pompa de un lírico estilo. Usando casi siempre de una sintaxis arcaica, a punto de que se pensaría ya en Saavedra Fajardo, ya en Santa Teresa, ponía en la forma anticuada un brío y una fantasía llenos de ideas y conocimientos universales, y así resulta moderno y actual como pocos. Sus períodos caudalosos reflejan cosas estelares, y resuenan con magníficas armonías. Hay que leerlos de cierta manera, a que obliga el imperio de la cadencia y la voluntad de la música. ¿Un don natural? Un don natural y una copiosa cultura, conocimiento de literaturas antiguas y contemporáneas, y do-

¹ Se titula dicho estudio JOSÉ MARTÍ, POETA. Consta de cuatro capítulos, y completo apareció en *La Nación* de Buenos Aires:—(N. del D.)

minio de idiomas extranjeros, sobre todo del inglés. En muchos fragmentos de sus escritos—en su mayor parte aparecidos en «La Nación»—se siente como el clamor de una épica rediviva y el lirismo, siempre, es desbordante y contagioso.

Pero fué también poeta, buen poeta, en verso, aunque haya dejado poco a este respecto. Cuando al saberse la noticia de su muerte, en el campo de batalla, escribí en «La Nación» su necrología—que forma parte de mi libro «Los Raros»—yo no conocía sino muy escasos trabajos poéticos de Martí. Por eso fué mi juicio somero y casi negativo en cuanto a aquellas relativas facultades. El comprendía que el verso fuese un derivativo en especiales momentos de la existencia. Y no como retórico pasatiempo, antes bien como un expresar lo íntimo en lengua ritmada y expresada de modo cordial.

Por veces repetidas manifestó Martí su sentir sobre la poesía y sobre los poetas; mas siempre poniendo amor y patria sobre todo. De la poesía en América decía: «La poesía se corta la melena zorrillesca y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado». En otra parte: «El poeta debe callar su dolor hasta la

hora sublime en que el verso tallado en él busca salida, despedazando las entrañas, para consolar la pena de los hombres con la poesía misma que la pena inspira». «Padecer es un deber y, acaso, una necesidad de los poetas». «Que para hacer poesía hermosa, no hay como volver los ojos fuera: a la Naturaleza; y dentro: al alma». «Poesía es un pedazo de nuestras entrañas, o el aroma el espíritu recogido, como en cáliz de flor, por manos delicadas y piadosas». «La epopeya está en el mundo y no saldrá jamás de él: la epopeya renace con cada alma libre; quien ve en sí es la epopeya». «Lo que importa una poesía es sentir, parézcase o no a la que haya sentido otro; y lo que se siente nuevamente, es nuevo». «A la vida se le van cayendo los velos poco a poco, y cuando se conoce y rehuye lo de verboso e inútil que hay en ella vuelve como una ingenuidad al corazón, que en los hombres sensibles y adoloridos se refleja, a la tarde de los años, en la sencillez de la poesía». «El verso, hijo de la emoción, ha de ser fino y profundo, como una nota de arpa. No ha de decir lo raro, sino el instante raro de la emoción noble o graciosa». «La poesía vive de honra»... «La poesía, de puro comprimida, estalla con

más luz y música allí donde por no ser cualidad común se acendra con la soledad y la indignación en quien posee su estro terrible)... «¡Oh, cómo acompañan los buenos poetas! ¡Qué tiernos amigos esos a quienes no conocemos! ¡Qué benefactores esos que cantan cosas divinas y consuelan! ¡Si hacen llorar, cómo alivian! ¡Si hacen pensar, cómo empujan y agrandan! ¡Y, si están tristes, cómo pueblan de blandas músicas los espacios del alma y tañen los aires, y les sacan sonos, como si fuera el aire lira y ellos supieran el hermoso secreto de tañerla!» «¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental, que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe o el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquélla les da el deseo y la fuerza de la vida». «La libertad es la religión definitiva. Y la poesía de la libertad el culto nuevo. Ella aquietta y hermosea lo presente, deduce e ilumina lo futuro, y explica el propósito inefable y seduc-

tora bondad del universo». «Las religiones, en lo que tienen de durable y puro, son formas de la poesía que el hombre presiente fuera de la vida: son la poesía del mundo venidero». «Un grano de poesía sazona un siglo». «¡Bien hayan siempre los versos, hijos del recuerdo, creadores de la esperanza! ¡Bien hayan siempre los poetas, que en medio a tanta humana realidad anuncian y prometen la verdadera realidad divina!» «Hay versos que se hacen en el cerebro: éstos se quiebran sobre el alma: la hieren, pero no la penetran. Hay otros que se hacen en el corazón. De él salen y a él van. Sólo lo que del alma brota en guerra, en elocuencia, en poesía, llega al alma». «El genio poético es como las golondrinas: posa donde hay calor». «Ni líricos, ni épicos pueden ser hoy con naturalidad y sosiego los poetas: ni cabe más lírica que la que saca cada uno de sí propio, como si fuera su propio ser el asunto único de cuya existencia no tuviera dudas, o como si el problema de la vida humana hubiera sido con tal valentía acometido, y con tal ansia investigado, que no cabe motivo mejor, ni más estimulante ni más ocasionado a profundidad y grandeza que el estudio de sí mismo».

«Cuando la vida se asiente, surgirá el Dante venidero, no por mayor fuerza sobre los hombres dantescos de ahora, sino por mayor fuerza del tiempo». «Señálanse por sus desbordes y turbulencias las obras que arrancan derechamente de lo profundo de las almas magnas». «No han de ser los versos como la rosa centifolia, toda llena de hojas, sino como el jazmín del Malabar, muy cargado de esencias. La hoja debe ser nítida, perfumada, sólida, tersa. El verso, por donde quiera que se quiebre, ha de ser luz y perfume. Han de podarse de la lengua poética, como del árbol, todos los retoños entecos, o amarillentos, o mal nacidos, y no dejar más que los sanos y robustos, con lo que, con menos hojas, se alza con más gallardía la rama, y pasea en ella con más libertad la brisa y nace mejor el fruto. —Pulir es bueno, mas dentro de la mente y antes de sacar el verso al labio. El verso hierva en la mente, como en la cuba el mosto. Mas ni el vino mejora, luego de hecho, por añadirle alcoholes y taninos; ni se aquitila el verso, luego de nacido, por engalanarlo con aditamentos y aderezos. Ha de ser hecho de una pieza y de una sola inspiración, porque no es obra de artesano que

trabaja a cordel, sino de hombre en cuyo seno animan cóndores, que ha de aprovechar el aleteo del cóndor». «Como cada palabra ha de ir cargada de su propio espíritu y llevar caudal suyo al verso, mermar palabras es mermar espíritu, y cambiarlas es reherver el mosto, que, como el café, no ha de ser rehervido». «Ni en el pulimento está la bondad del verso, sino en que nazca ya alado y sonante. No se dé por hecho el verso en espera de acabarle luego, cuando aún no esté acabado; que luego se le rematará en apariencia, mas no verdaderamente ni con ese encanto de cosa virgen que tiene el verso que no ha sido sajado ni trastojado. Porque el trigo es más fuerte que el verso, y se quiebra y se amala cuando lo cambian muchas veces de troje. Cuando el verso quede por hecho ha de estar armado de todas armas, con coraza dura y sonante, y de penacho blanco rematado el buen casco de acero reluciente». «Poesía no es de seguro lo que ocurre con el nombre, sino el heroico y virgíneo de los sentimientos, puesto de modo que vaya sonando y lleve como alas, o lo florido y sutil del alma humana, y la de la tierra, y sus armonías y coloquios, o el concierto de mundos en que

el hombre sublimado se anega y resplandece. No es poeta el que echa una hormiga a andar, con una bomba de jabón al lomo; ni el que sale de hongo y chaqué, a cantarle al balcón de la Edad Media, con el ramillete de flores de pergamino; ni el desesperado papel, que porque se ve sin propósito se lo niega a la naturaleza; ni el que pone en verso la política y la sociología; sino el que de su corazón, listado de sangre como jacinto, da luces y aromas; o batiendo en él, sin miedo al golpe, como en parche de pelear, llama a triunfo y a fe al mundo y mueve a los hombres cielo arriba, por donde va de eco en eco, volando al redoble. Poesía es poesía, y no olla podrida, ni ensayo de flautas, ni rosario de cuentas azules, ni manta de loca, hecha de retazos de todas las sedas, cosidos con hilo pesimista, para que vea el mundo que es persona de moda, que acaba de recibir la novedad de Alemania o de Francia». «En su marcha gloriosa, y en la función y armonía de sus elementos, el poeta sazonado por el dolor, vislumbra, para cuando se perfeccione la sabiduría, el canto triunfal de la última epopeya». «La poesía ha de tener la raíz en la tierra y base de hecho real». «Se desvanecen los castillos de

nubes. Sin emociones se puede ser escultor en verso, o pintor en verso; pero no poeta».

«No está el arte en meterse por los escondrijos del idioma, y desparramar por entre los versos palabras arcaicas o violentas; ni en deslucirle la beldad natural a la idea poética poniéndole de tocado, como a la novia rusa, una mitra de piedras ostentosas; sino en escoger las palabras de manera que con su ligereza o señorío aviven el verso o le den paso imperial, y silben o zumben, o se arremolinen y se arrastren, y se muevan con la idea, tendiendo y combatiendo o se aflojen y arrullen, o acaben, como la luz del sol, en el aire incendiado. Lo que se dice no lo ha de decir el pensamiento solo, sino el verso con él; y donde la palabra no sugiera, por su acento y extensión, la idea que va en ella, ahí peca el verso. Cada emoción tiene sus pies, y cada hora del día, y un estado de amor quiere dáctilos, y anapestos la ceremonia de las bodas, y los celos yambos. Un juncal se pintará con versos leves, y como espigados, y el tronco de un roble con palabras rugosas, retorcidas y profundas». «En el aparato no está el arte, ni en la hinchazón, sino en la conformidad del lenguaje y la ocasión descrita, y en

que el verso salga entero del horno, como lo dió la emoción real, y no agujereado y sin perfiles, para atiborrarlo después, en la tortura del gabinete, con adjetivos huecos, o remendarle las esquinas con estuco». Mucho he citado, de diferentes escritos, de Martí; y pudiera citar más, de manera que se viese su pensar sobre las cosas de la poesía.

Con lo transcrito puede tenerse la base principal de lo que llamaríamos su Arte Poética. En él imperó lo natural y lo profundo psíquico, y no podrá encontrarse ni excusa para la artificialidad, para las habilidades pianísticas de los dilettanti, ni para la sinceridad de las confesiones de alma.

Nadie como él para escribir no sólo como quiere el gran loco alemán, «con sangre», sino con la íntima y mágica substancia de su propio espíritu.

Martí adoraba a su hijo Ismael, «Ismaelillo», y para él escribió ese minúsculo devocionario lírico, un Arte de ser Padre, lleno de gracias sentimentales y de juegos poéticos. Diríase en veces el rey famoso que ha sido pintado con sus hijos a horcajadas.

El niño es todo para el poeta paternal: corona, almohada, espuela, esto es, triunfo, descanso, estímulo. El varón fuerte se deja gustoso dominar, como el león de Hugo, por el índice infantil. El puede ordenar lucha, vida o desmayo. Su voluntad es omnipotente. «Déjenme¹ que la vida—a él, a él ofrezca!» El gran padre sueña, puede soñar tempestades, fieras terribles del desierto; pero siempre aparecerá ante su espíritu la imagen del infante. Los «brazos fragantes» le encadenan de manera invencible. Y luego la imagen del rey que he citado, pues la tiranía de Bebé en todos los siglos y en todas partes es igual.

(Véanse las poesías de las págs. 26, 28 y 29.)

Como Cristóbal, lleva el niño al hombro.
Y uno piensa en el hijo del héroe troyano
ante el casco crinado de su padre.

(Véase la poesía de la pág. 43.)

La sencillez de Martí es de las cosas más difíciles, pues a ella no se llega sin potente dominio del verbo y muchos conocimientos. ¡Con decir que en determinados poemas el

¹ Corrijase este verso en la pág. 28: *déjenme* y no *déjeme*.

verso menor privado del consonante se ha creído en Francia recientemente invención y originalidad de tal notorio «unanimista»! El capricho del gran cubano, en rima y ordenación, es de lo más ordenado y de base clásica, y en señalados puntos, reminiscencia de sus relaciones con el parnaso inglés. Un profano,—y profanos ilustrados, que los hay,—confundiría tales redondillas con la manera de Campoamor, pongo por ejemplo; pero la personalidad se descubre en seguida por la comparación, por el inesperado adjetivo, por un hervor de tierra cálida y un relámpago que en seguida se revelan.

(Esto apropiado de los VERSOS SENCILLOS).

Este americano singular había frecuentado a los cíclicos orientales y a todos los grandes poetas de la tierra. Por eso las palabras, las frases, los símbolos, toman en él en cuanto los expresa, un sentido de universalidad.

(Véase la estrofa cuarta de la pág. 61.)

El vasto patriota fué un formidable amante. Su lenguaje pasional no es el de los corrientes madrigales, sino el de la misma

vida. La naturaleza es su cómplice. Las cosas más comunes le sirven poéticamente. Y narra en verso, con la sencillez de la prosa de los sucesos usuales; mas con cuánta emoción comunicativa.

(Véase la pieza de la pág. 62.)

En la eclosión primero y en la reticencia después, ¿quién no mira la novela de amor dicha con modos filomélicos? Y luego, él concentrará lo que piensa de su vigor y de su gracia líricos, pues bien sabía, como todos los grandes conscientes, el valor de su verbo armonioso y melodioso: su dominación ideal y su ágil instinto de ave, según el instante águila o ruiseñor.

(Véanse las piezas de las págs. 62 y 63.)

Habla de su paje... Y torna entonces la apariencia de balada del norte. Se evoca el lápiz de Durero...

(Véase la pieza de la pág. 70.)

Hay antítesis huguescas.

(Véase la pieza XII de la pág. 71.)

Burila viñetas preciosas. El paseo de un viejo y una niña rubia le dan motivo para exquisitas redondillas.

(Véase la pieza de la pág. 139.)

Esto es fino y sano y trasciende a rosas frescas. Así había de esos trozos floridos y llenos de sol puro en el alma de Martí.

(Véase la pieza XV de la pág. 71.)

Versos que pintan una pareja amorosa. Aparece una Eva, a quien pinta con hermosura y viste de maravilla. Ella anima la naturaleza y pone resplandor en todo.

Y lindos versos, más lindos versos, por dos alfileres de Eva; o por un instante de celos; o por el desencanto y creencia en el engaño femenino; o porque la ve en un salón de pintura.

(Véanse las piezas de las págs. 71, 72 y 73.)

Es de una concisión, de un vigor, de una potencia poética en verdad admirables. El idioma se flexibiliza en la facilidad expresiva. Era aquél un lírico natural, y si su prosa contiene muy a menudo versos, por sus versos corren cristalinas y fluyentes linfas de prosa armoniosa. Y por todo, un estremecedor aliento romántico que anima doblemente lo real de la visión o del recuerdo. Así cuando rememora escenas de los tiempos de la esclavitud, él, que amó tanto a los pobres y bravos negros,

dulces en la paz de los ingenios y terribles en los entreveros de las maniguas. Pues en verdad, los mal pagados, ¡ay! por la fatalidad de su raza hicieron patria con su sangre, tanto o más que los libertadores blancos. Patria... esa es, sobre todo, la idea obsesora de Martí. Una patria que él soñaba en absoluto libre, y por la cual temía las invasiones de un amo nuevo...

(Aproposito de las piezas XXV a XXXI de los VERSOS SENCILLOS).

Era generoso de continuo. La amistad, para él, cosa sagrada. La infancia, cosa sagrada.

(Véase la pieza XXXIX de la p. 83).

Su manera es clásica y castiza, y en algunos pasajes trae a la memoria los galantes y viejos layes y decires.

(Véase la pieza XLIII de la p. 84).

La amistad de nuevo, la amistad, que mira como un don celeste, la buena, la leal, la incomparable amistad, que sabía comprender y alabar el espíritu magno del emperador Marco Aurelio.

(Véase la pieza de la p. 85).

Y hay unas estrofas de octosílabo blanco, la descripción de un sueño, que son obra magistral. Todo es estupendo, el ritmo, las detenciones, las imágenes evocatorias, y el tema: se diría cosa de Beethoven.

(Véase la pieza de la p. 86).

Cuando he visto en La Habana a Martí en mármol—en monumento indigno del inmenso para quien la isla entera sería todavía pequeño zócalo—he recordado esos versos, y he pensado que ellos parecerían escritos por un hombre de mármol,—por aquel que sabía o presentía su relativa inmortalidad. Y al finalizar sus «versos sencillos», escritos con la más difícil de las sencilleces, como que es la innata lengua genial, exclama:

—Verso, nos hablan de un Dios
A donde van los difuntos:
Verso, o nos condenan juntos
O nos salvamos los dos.

Los dos se salvaron.

Y ahora entran sus «Versos libres»,—en el cual título creo que Martí quiso jugar con el vocablo. Versos libres, es decir, los versos blancos castellanos, sin consonancia,

que generalmente se han prestado a biza-
rías clásicas, en los Moratines, en los Nú-
ñes de Arce, o en los Menéndez Pelayo,—
para hablar de los mayores—y versos libres,
es decir, de un hombre de libertad, versos
del cubano que ha luchado, que ha vivido,
que ha pensado, que debía morir por la
libertad.

Así habla el varón apostólico y sincero
que pone el verso al par de la acción, y
que sabe que su propia vida es su verso.
Los Estados Unidos, con tipos como With-
man y Emerson, le sirvieron, en el hervide-
ro de sus ideas, para fortificarse. E, inta-
chable, noble, a aquel arcángel de coraza de
acero, se le vieron en ese tiempo, en Nueva
York y en Wáshington, alas de cisne.

(Aproposito del Prólogo de los VERSOS LIBRES)

«Amo las sonoridades difíciles, y la sin-
ceridad». ¿No se diría un precursor del mo-
vimiento que me tocara iniciar años después?
Estos «Versos libres» fueron escritos en
1882, y han permanecido inéditos hasta
ahora. Versos de sufrimiento y de anhelo
patriótico, versos de fuego y de vergüenza,
versos de quien debía caer en una hora fu-

tura de la guerra, dando sangre y vida por el ideal de su Estrella solitaria. Versos de martirio, de recuerdos amargos. ¿No había llevado el apóstol cadena de presidiario en lo florido de su juventud? Y canta en el verso libre clásico, harto conocido para su cultura, en un verso libre impecable de cesuras y lleno de gallardías y bizarrías; mas un verso libre renovado, con savias nuevas, con las novedades y audacias de vocabulario, de adjetivación, de metáfora, que resaltan en la rítmica y soberbia prosa martiana.

Todo ello es castizo, intachable, complacería por su mérito formal a un Cadalso, a un Moratín, a un Núñez de Arce.

(Véanse las poesías de la pág. 91.)

Y además va allí la fuerza meridional, un soplo ancestral levantino, la pujanza y el calor antillanos, y, sobre todo, el espíritu inconfundible de Martí. Usa con parquedad de la sátira, pues la piedad posee siempre al sagitario. Así en los cortos versos «Al buen Pedro». En «Hierro» son de hierro los versos, del hierro que despierta, del «hierro» que amaba Hugo.

Hay en el poeta siempre algo de profético. Una obsesión le acompaña, tiene el presentimiento y se diría el amor de la muerte. No la terrible muerte cristiana, sino más bien la Thanatos griega, una muerte atrallente y hermosa. «...Mujer más bella—no hay que la muerte!»

Desesperado de gloria, sublime de locura, habría de ir a buscar, en su última hora, al correr de su caballo de campaña, para hacer estremecerse su isla y llorar al férreo Máximo Gómez!

(Véase la poesía de la pág. 95.)

Luego cincela, o más bien vacía, «Copa ciclópea», «Pomona», armonías pánicas, de un decoro gracioso y fuerte, compenetraciones con los misterios potentes de la tierra, con el misterio prodigioso y rítmico y fatal de la mujer.

(Véanse las poesías de las págs. 99 y 100.)

Todo es poesía severa, de una grandiosidad gallarda, y de una impecabilidad límpida y fulgurante. Se pensaría en relámpagos de academia.

(Véanse las poesías de las págs. 102 y 104.)

Tiene el tono de las antiguas epístolas morales, mas con tuétano contemporáneo.

(Refiriéndose a la poesía de la pág. 106.)

Y ya admiro—recordando al varón puro y al dulce amigo—aquel cerebro cósmico, aquella vasta alma, aquel concentrado y humano universo, que lo tuvo todo: la acción y el ensueño, el ideal y la vida; y una épica muerte, y, en su América, una segura inmortalidad.

Rubén Darío